LIBRO dot.com

Comedias Agradables:
CÁNDIDA
UN MISTERIO

Bernard Shaw



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CÁNDIDA
fue representada públicamente en Londres, por primera vez, en el Teatro Court, el 26 de abril de 1904, con el siguiente reparto:

Cándida ..... Kate Rorke

Proserpine Garnett ..... Sydney Fairbrother

El Rev. James Mavor Morell ..... Norman McKinnel

Eugene Marchbanks.....Granyille Barker

Mr. Burgess..... A. G. Poulton

El Rev. Alexander Mill .....Athol Stewart

ACTO I

Una hermosa mañana de octubre de 1894, en el barrio nordeste de Londres, vasto distrito situado a muchos kilómetros del Londres de Mayfair y St. james y mucho menos compacto, mugriento, fétido y carente de aire en sus barrios pobres. Predomina en él la forma de vida poco elegante de la clase media; tiene calles amplias, está densamente poblado y bien provisto de horribles mingitorios de hierro, de círculos izquierdistas y de líneas de tranvías por las que circula una perpetua corriente de coches amarillos; en sus principales avenidas goza del lujo de "jardines delanteros" no hollados por la planta del hombre, que sólo se atreve a recorrer el sendero que va desde el portón de calle hasta la puerta de la casa; se asfixia en la monotonía indiferentemente tolerada de kilómetros y kilómetros de feas casas de ladrillo, techos de pizarra, verjas de hierro negro, pavimentos de piedra y personas respetables pero mal vestidas o personas des-acreditadas y peor vestidas, todas ellas completamente acostumbradas al lugar y, en su Mavoría, arrastrándose sin interés al trabajo para otros. La poca energía y ansiedad que de tanto en tanto aparecen se revelan en la forma de la avaricia y el "empuje" comercial de los londinenses de la clase baja. Ni siquiera los policías y las capillas son lo bastante frecuentes como para quebrar la monotonía. El sol brilla alegremente y no hay neblina. Y aunque el humo impide eficazmente que nada -sea rostros y manos, o ladrillos, o argamasa- parezca fresco y limpio, no es lo bastante espeso como para molestar a un londinense.

Este desierto de tan poco atractivo tiene un oasis. Cerca del extremo exterior de Hackney Road hay un parque de unas noventa hectáreas, cercado, no por una verja, sino por una valla de madera; tiene grandes extensiones de césped, muchos árboles, un lago para bañistas, canteros de flores que son la gloria del admirado arte londinense de la jardinería decorativa y un arenal, originariamente importado de la playa para deleite de los niños, pero rápidamente abandonado a raíz de haberse convertido en vivero natural de sabandija para toda la fauna menor de Kingsland, Hackney y Hoxton. Una tribuna para orquesta; un tablado desnudo, destinado a oradores religiosos, antirreligiosos y políticos; canchas de criquet, un gimnasio y un anticuado cenador de piedra se cuentan entre sus atractivos. Por todas partes donde el paisaje está cercado por árboles o por verdes elevaciones del terreno, es un lugar agradable. Pero donde el suelo se extiende, chato, hasta la grisácea empalizada, detrás de la cual se alcanzan a ver ladrillos y argamasa, letreros, apiñamiento de chimeneas y humo, el paisaje se torna desolado y sórdido.

La mejor vista del parqué Victoria se obtiene desde la ventana del frente de la rectoría de St. Dominic, desde la que no se ve siquiera un ladrillo. La rectoría está un tanto aislada y tiene un jardín delantero y un pórtico. Los visitantes suben el tramo de escaleras que conduce al pórtico; los abastecedores y los miembros de la familia entran por una puerta situada debajo de las escaleras y descienden al sótano, en el que hay un comedor para tomar el desayuno, que se usa para todas las comidas, y, en la parte trasera, una cocina. Arriba, al nivel de la puerta del vestíbulo, está la sala, con su gran ventana de vidrio laminado que da sobre el parque. En ésta, que es la única habitación

en la que no aparecen los niños ni se toman las comidas, trabaja el rector, el Reverendo James Mavor Morell. Está sentado en una fuerte silla giratoria, de respaldo redondo, ubicada al extremo de una larga mesa que está ante la ventana, de tal manera que el reverendo, echando una mirada por sobre su hombro izquierdo, puede alegrar su tarea con la vista del parque. En el otro extremo de la mesa y contigua a ella hay una mesita, la mitad de ancha que la primera, con una máquina de escribir. La dactilógrafa está sentada ante la máquina, de espaldas a la ventana. La mesa grande está atestada de folletos, periódicos, cartas, casilleros, un diario comercial, una balanza para pesar correspondencia, etc. En el centro hay una silla desocupada, para visitantes que tienen asuntos que tratar con el rector. Al alcance de la mano de éste se encuentra una caja con útiles de escritorio y una fotografía en un marco. La pared, detrás de él, está cubierta de anaqueles, en los que una mirada observadora podría medir la casuística y la teología del párroco por los Ensayos Teológicos de Maurice y una colección completa de los poemas de Browning, así como un Progreso y Pobreza de lomo amarillo, unos Ensayos Fabianos, Un Sueño de John Ball, el Capital de Marx y media docena más de mojones literarios del socialismo proporcionan una medida de su política reformista. Frente a él, al otro lado del cuarto, cerca de la máquina de escribir, se halla la puerta. Más allá, frente a la chimenea, hay otra estantería ubicada sobre una frasquera, con un sofá cerca de ella. Arde un fuego generoso y el hogar es sumamente acogedor, con su cómodo sillón de brazos y el cubo para carbón, laqueado de negro y con flores pintadas, por un lado, y una silla en miniatura para los niños por el otro; el manto de la chimenea, de madera barnizada, con entrepaños pulcramente tallados, trocitos de espejo incrustados en ellos; un reloj de yiaje en un estuche de cuero. (el ineyitable regalo de bodas) y en la pared, arriba, un gran facsímil de la figura principal de la Asunción de la Virgen de Ticiano. En conjunto el cuarto es el de una buena ama de casa, derrotada, por lo que se refiere a la mesa de trabajo, por un hombre desordenado, pero dueña de la situación en todo el resto de la estancia. El moblaje, en su aspecto ornamental, traiciona el estilo del "conjunto para sala" de los anuncios de los actiyos muebleros suburbanos, pero no se ye nada inútil ni pretencioso en la habitación, ya que el dinero escasea un tanto en la casa de un párroco de los barrios del este como para ser dilapidado en adornos presuntuosos.

El Reyerendo James Mavor Morell es un sacerdote cristiano-socialista de la Iglesia Anglicana y miembro actiyo de la Corporación de San Mateo y de la Unión Social Cristiana. Es un hombre yigoroso, afable y popular, de unos cuarenta años, robusto y bien parecido, lleno de energía, de modales agradables, sinceros y respetuosos y una yoz clara y carente de afectación, que usa con la limpia articulación atlética de un orador experimentado y con perfecto dominio de su abundante yocabulario. Es un sacerdote de primer orden, capaz de decir lo que le place a quien le yenga en ganas, de amonestar a la gente sin enemistarse con ella, de imponerle su autoridad sin humillarla y, a las yeces, de entrometerse en sus asuntos sin impertinencia. Las fuentes de su entusiasmo y de su emoción simpática jamás se han secado; todayía come y duerme lo bastante como para ganar triunfalmente la batalla cotidiana entre el agotamiento y la recuperación de las energías. Es un niño grande, perdonablemente orgulloso de sus cualidades e inconscientemente satisfecho de sí mismo. Tiene una tez saludable, una hermosa frente, de cejas un tanto romas, ojos brillantes y yiyos, boca resuelta pero no muy bien dibujada y una nariz yoluminosa, de aletas anchas y móyiles como las de un

orador dramático, carente, como todas sus facciones, de sutileza.
La dactilógrafa, Miss Proserpine Garnett, es una mujercita moyediza de unos treinta años, de la pequeña burguesía. Lleya un traje pulcro, pero ordinario, compuesto de una falda de merino negro y una blusa. Tiene una conyersación notablemente descarada y rápida y no es muy cortés en sus modales, si bien se muestra sensible y afectuosa. Aporrea ruidosamente su máquina mientras Morell abre las últimas cartas de la mañana. Este lanza un cómico gruñido de desesperación al adyertir el tenor de las mismas.

PROSERPINE. - ¿Otra conferencia?

MORELL. - Sí. El Grupo Libertad, de Hoxton, quiere que pronuncie una disertación el domingo por la mañana. *(Subraya enfáticamente la palabra "domingo", ya que esa es la parte irracional del pedido.)* ¿Qué son ellos?

PROSERPINE. - Creo que anarco-comunistas.

MORELL. - ¡Es muy de anarquistas esto de no saber que no pueden disponer de un sacerdote el domingo! Dígales que vengan a la iglesia si quieren oírme; les hará bien. Dígales que solamente podría complacerlos un lunes o un jueves. ¿Tiene el diario a mano?

PROSERPINE *(tomando el diario).* - Sí.

MORELL. - ¿Tengo alguna conferencia para el próximo lunes?

PROSERPINE *(consultando el libro).* -El Círculo izquierdista de Tower Hamlets.

MORELL. - Bien, ¿y el jueves?

PROSERPINE. -La Liga Inglesa de Restauración de la Tierra.

MORELL. - ¿Y después?

PROSERPINE. - El lunes siguiente, la Corporación de San Mateo. El jueves, la filial de Greenwich del Partido Laborista Independiente. El lunes posterior, la Federación Social-Demócrata, filial Mile End. El jueves, primera clase de confirmación. *(Con impaciencia.)*

Oh, será mejor que les diga que no puede ir. En verdad no son más que media docena de buhoneros ignorantes y vanidosos, que entre todos no reúnen ni cinco chelines.

MORELL *(divertido).* - Ah, pero son parientes cercanos míos.

PROSERPINE *(contemplándolo atentamente).* - ¿Parientes cercanos?

MORELL. - Sí, tenemos el mismo padre... en el cielo.

PROSERPINE *(aliviada).* - ¿Y eso es todo?

MORELL *(con una tristeza que constituye un lujo para un hombre cuya voz la expresa tan magníficamente).* -¡Ay, usted no lo cree! Todos lo dicen y nadie lo cree, nadie. *(Vivamente, volviendo a la cuestión.)* ¡Bien, bien! Vaya, Miss Proserpine, ¿no puede encontrar una fecha para los buhoneros? ¿Qué hay del 25? Anteayer lo tenía libre.

PROSERPINE *(consultando el diario).* - Comprometido. La Sociedad Fabiana.

MORELL. - ¡Esa lata de la Sociedad Fabiana...! ¿También el 28 está ocupado?

PROSERPINE. - Cena en la ciudad. Está invitado a cenar con la Compañía de Fundidores.

MORELL. - Perfectamente. Ese día daré la conferencia en el Grupo Libertad de Hoxton. *(Proserpine anota el compromiso en silencio, en tanto que cada línea de su rostro expresa un implacable desprecio hacia los anarquistas de Hoxton. Morell arranca la faja de un ejemplar de El Reformador de la Iglesia, que le ha llegado con el correo, y echa un vistazo al editorial de Mr. Stewart Headlam y a las noticias de la Corporación de San Mateo. El trabajo es animado muy pronto por la aparición del coadjutor de Morell, el Reverendo Alexander Mill, un joven sacado por aquél de la fundación universitaria más próxima, a la que llegara desde Oxford para conceder a los barrios del este de Londres los beneficios de su educación superior. Es un novicio vanidoso, bien intencionado,*

entusiasta e inexperto. No hay en él nada concretamente insoportable, aparte de la costumbre de hablar con los labios cuidadosamente cerrados un centímetro desde las comisuras, a fin de conseguir una articulación afectada, y una serie de vocales universitarias; esto último es, por el momento, su medio principal de introducir su refinamiento de Oxford (como llama a sus costumbres) en la vulgaridad de Hackney. Morell, a quien ha conquistado con su devoción casi perruna, levanta indulgentemente la mirada de El Reformador de la Iglesia y exclama:) ¿Bien, Lexy? ¡Otra ver tarde, como siempre!

LEXY. -Me temo que sí. Ojalá pudiera levantarme temprano.

MORELL *(gozoso con su propia energía).* - ¡Ja, ja! *(Antojadizo.)* ¡Velad y orad, Lexy, velad y orad!

LEXY. - Lo sé. (*Poniéndose ingeniosamente a la altura de la ocasión.)* Pero, ¿cómo puedo velar y orar cuando estoy dormido? ¿No es cierto, Miss Prossy? *(Se acerca al calor de la chimenea.)*

PROSERPINE *(secamente).* - Miss Garnett, si le parece.

LEXY. - Perdón. Miss Garnett.

PROSERPINE. - Hoy le toca todo el trabajo a usted.

LEXY *(junto al fuego).* - ¿Por qué?

PROSERPINE. - No importa por qué. Le hará mucho bien ganarse la cena, aunque sólo sea una vez, antes de comérsela. Eso es lo que hago yo. ¡Vaya, no haraganee! Hace ya media hora que tendría que haber comenzado sus visitas.

LEXY *(perplejo).* - ¿Lo dice en serio, Morell?

MORELL *(del mejor humor, con la mirada animadísima).* - Sí. Yo soy el que

haraganeará hoy.

LEXY. - ¡Usted! No sabe cómo se hace.

MORELL *(poniéndose de pie).* - ¡Ja, ja! No, ¿eh? Me tomaré toda la mañana para mí. Hoy regresa mi esposa. Debe llegar a las 11.45.

LEXY *(sorprendido).* - ¡Ya de regreso! ¿Con los niños? Me parecía que se quedarían hasta fin de mes.

MORELL. - Y así es. Viene solamente por dos días, para llevarse algunas prendas de franela para Jimmy y para ver cómo nos las arreglamos en su ausencia.

LEXY *(ansiosamente).* -Pero mi querido Morell, si Jimmy y Fluffy tenían escarlatina, ¿le parece prudente que...?

MORELL. - ¡Escarlatina! ¡Bobadas! Era rubéola. La traje yo de la escuela de la calle Pycroft. Un sacerdote es como un médico, muchacho; debe hacer frente a las infecciones como un soldado tiene que vérselas con las balas. *(Palmea virilmente a Lexy en los hombros.)* En fármese de rubéola si puede, Lexy. Ella lo cuidará. ¡Y poco le gustaría eso! ¿Eh?

LEXY *(con sonrisa inquieta).* - Es tan difícil entender lo que piensa de su esposa...

MORELL *(tiernamente).* - ¡Ah, muchacho, cásese, cásese con una mujer buena y entonces entenderá! Eso es un pregusto de lo mejor del Reino de los Cielos que estamos tratando de establecer en la tierra. Y le curará su haraganería. Un hombre honesto siente que le es preciso pagar al cielo por su felicidad trabajando dura y abnegadamente para hacer felices a los demás. Tenemos tan poco derecho a gozar de la felicidad sin producirla como a gastar riquezas sin producirlas. Consígase una esposa como mi Cándida y estará siempre en retraso en sus pagos. *(Palmea afectuosamente a Lexy y está a punto de*

abandonar la habitación.)

LEXY. - Ah, espere un momento. Me olvidaba. *(Morell se detiene y se vuelve, con la mano sobre el picaporte.)* Su suegro va a venir a verle.

Morell, sorprendido y nada complacido, cierra nuevamente la puerta con un completo cambio de expresión.

MORELL. - ¿Mr. Burgess?

LEXY. -Sí. Pasé junto a él en el parque. Venía discutiendo con alguien. Me pidió que le informara que después vendría por aquí.

MORELL *(casi incrédulo).* - ¡Pero si hace tres años que no me visita! ¿Está seguro, Lexy? ¿No se tratará de una broma?

LEXY *(sinceramente).* -No, señor, se lo aseguro.

MORELL *(pensativo).* - ¡Hmmm! Creerá llegado el momento de echarle otro vistazo a Cándida antes de olvidarse cómo es. *(Se resigna a lo inevitable y sale.)*

Lexy lo sigue con una mirada de radiante adoración.

Miss Garnett, en su incapacidad de llamarle la atención descarga sus sentimientos sobre la máquina, golpeándola.

LEXY. - ¡Qué hombre más bueno! ¡Qué alma tan perfectamente encantadora! *(Ocupa el lugar de Morell, ante la mesa, y se acomoda mientras extrae un cigarrillo.)*

PROSERPINE *(impacientemente, sacando del rodillo la carta que ha estado escribiendo y plegándola).* - Bah, un hombre debería querer a su esposa sin hacer el tonto.

LEXY *(escandalizado).* - ¡Oh, Miss Prossy!

PROSERPINE *(tomando la caja de los papeles para sacar un sobre, en el cual mete la carta mientras continúa hablando).* - ¡Cándida aquí, Cándida allí, Cándida en todas

partes! *(Humedece con la lengua la solapa del sobre.)* Es como para enloquecerla a una. *(Golpeando el sobre para pegarlo.)* Esto de oír que un hombre delira de ese modo por una mujer, sólo porque tiene un cabello hermoso y un cuerpo tolerable.

LEXY *(con gravedad llena de reproche).* -Creo que ella es sumamente hermosa, Miss Garnett. (Toma la fotografía, la contempla y agrega, con más solemnidad:) Sumamente hermosa. ¡Y qué bellos ojos!

PROSERPINE. - Sus ojos no son nada más bellos que los míos. *(El deja la fotografía en su sitio y mira con austeridad a la dactilógrafa.)* Y usted sabe perfectamente que me considera una descuidada y ordinaria.

LEXY *(levantándose majestuosamente).* - ¡El Cielo no permita que yo piense de tal modo de ninguna de las criaturas de Dios! *(Se aleja rígidamente de ella, cruza el cuarto y se acerca a los anaqueles.)*

PROSERPINE *(sarcástica).* - Gracias. Eso es muy bello y consolador.

LEXY *(entristecido por su perversidad).* -No sabía que usted tuviese inquina a la señora Morell.

PROSERPINA *(indignada).*-No le tengo inquina alguna. Es muy afable, muy bondadosa. La quiero mucho y puedo apreciar sus verdaderas cualidades mejor que cualquier hombre. *(El menea tristemente la cabeza. Ella se levanta y se acerca a él con gran vivacidad.)* ¿No me cree? ¿Piensa que estoy celosa de ella? ¡Ah, qué gran conocimiento tiene del corazón humano, Mr. Lexy Mill! ¡Cuán bien conoce las debilidades de la mujer! ¿No es verdad? ¡Debe resultar tan hermoso ser hombre y tener un intelecto magnífico y penetrante, en lugar de contar solamente con las emociones, como nosotras, y saber que no compartimos las ilusiones amorosas de ustedes porque estamos celosas unas de otras!

(Lo abandona con un encogimiento de hombros y se calienta las manos ante el fuego.)

LEXY. - Ah, si las mujeres tuviesen para la fuerza del Hombre la misma clave que tienen para su debilidad, Miss Prossy, no existiría la Cuestión Femenina.

PROSERPINE *(por sobre el hombro mientras se inclina y acerca las manos a la llama*). - ¿Dónde escuchó eso a Morell? No lo inventó usted; no es lo bastante inteligente como para ello.

LEXY. - Muy cierto. Y no me avergüenzo de deberle esta verdad espiritual, como le debo tantas otras. La enunció en la conferencia anual de la Federación Liberal Femenina. Y permítame agregar que si bien ellas no la apreciaron en su justo valor, yo, que soy un simple hombre, sí la aprecié. *(Se vuelve nuevamente hacia la biblioteca, esperando haberla anonadado con su réplica.)*

PROSERPINE *(arreglándose el cabello ante uno de los espejitos incrustados en la chimenea).* -Bueno, cuando hable conmigo exprese sus propias ideas, tales como son, y no las de él. Nunca hace peor figura que cuando trata de imitarle.

LEXY *(herido).* -Trato de seguir su ejemplo, no de imitarle.

PROSERPINE *(acercándose nuevamente a él, de paso para su mesa de trabajó*). - Sí que lo imita. ¿Por qué se pone el paraguas debajo del brazo izquierdo, en lugar de llevarlo en la mano como todos? ¿Por qué camina con la mandíbula sobresaliente, de prisa, con esa expresión ansiosa en la 'mirada, nada menos que usted, que nunca se levanta antes de las nueve y media de la mañana? ¿Por qué dice "obvio" en la iglesia cuando siempre dice "obio" en la conversación privada? ¡Bah! ¿Le parece que no me doy cuenta? *(Se sienta ante la máquina.)* ¡Vaya, ponga manos a la obra! Ya hemos perdido bastante tiempo para una mañana. Aquí tiene una copia de las actividades de hoy. *(Le entrega un memo-*

rándum.)

LEXY *(profundamente ofendido).* - Gracias. *(Lo toma y permanece de pie ante la mesa, de espaldas a Proserpine, leyéndolo. Ella comienza a pasar a máquina sus anotaciones taquigráficas, sin preocuparse por los sentimientos heridos del joven.)*

Se abre la puerta y entra Mr. Burgess sin ser anunciado. Es un sesentón a quien el egoísmo obligatorio del comercio menudo ha tornado grosero y sórdido; la excesiva alimentación y el triunfo comercial han conseguido, más tarde, ablandarlo y hacerlo torpemente engreído. Es un hombre vulgar, un borrachín ignorante, ofensivo y despectivo para con la gente mal remunerada en su trabajo, respetuoso con los ricos y los encumbrados y completamente sincero, sin rencor ni envidia, en ambas actitudes. El mundo no le ha ofrecido un trabajo mejor pagado que el de un trafagón y, en consecuencia, lo ha hecho un tanto voraz. Pero él no tiene siquiera sospechas de ello y honestamente considera su prosperidad comercial como el triunfo inevitable y socialmente saludable de la habilidad, la industriosidad, la astucia y la experiencia de un hombre que en su vida privada es bonachón, afectuoso y jovial en extremo. Físicamente es regordete, con una nariz morruda en el centro de una cara chata y cuadrada, una barba color ratón con un mechón gris en el centro, bajo la barbilla, y ojillos azules, aguachentos, de expresión plañideramente sentimental que él traslada con facilidad a su voz por su hábito de entonar pomposamente las frases.

BURGESS *(deteniéndose en el umbral y mirando en torno).* -Me dijeron que Mr. Morell estaba aquí.

PROSERPINE *(levantándose).*- Iré a buscarlo.

BURGESS *(mirándola con desilusión).*-No es usted la misma dactilógrafa que había

antes, ¿no es verdad?

PROSERPINE. - No.

BURGESS *(gruñendo, mientras se dirige a la chimenea.)* - No, la otra era más joven. *(Miss Garnett lo mira fijamente. Luego sale, dando un portazo.)* ¿Piensa salir a hacer sus visitas, Mr. Mill?

LEXY *(plegando el memorándum y guardándoselo en el bolsillo).* - Sí, debo salir en seguida.

BURGESS *(con aire importante)*.-No quiero retenerlo, Mr. Mill. He venido a tratar un asunto privado con Mr. Morell.

LEXY (*arrogante*). - No tengo ninguna intención de entrometerme, se lo aseguro, Mr. Burgess. Buenos días.

BURGESS (*protector*). - Oh, buenos días.

Morell regresa cuando Lexy se dirige a la puerta.

MORELL *(a Lexy).* - ¿A trabajar?

LEXY. -Sí, señor.

MORELL.-Tome mi pañuelo de seda y envuélvase la garganta. Hay un viento helado. Y andando.

Lexy, más que consolado de la grosería de Burgess, se alegra y sale.

BURGESS. - Arruinando a tus curas como siempre, James. Buenos días. Cuando yo pago a un hombre, cuando vive de lo que le doy, le señalo claramente su lugar.

MORELL *(un tanto secamente).* -Yo siempre señalo a mis curas su lugar como colaboradores y camaradas míos. Si usted puede conseguir que sus empleados y sus peones trabajen tanto como mis curas, debe estar enriqueciéndose rápidamente. ¿Quiere

sentarse en su antiguo sillón?

Señala con lacónica autoridad el sillón que está junto al hogar. Luego ocupa la silla para los visitantes y se sienta a una distancia que no permita familiaridades a Burgess.

BURGESS *(sin moverse).* - ¡Eres el mismo de siempre, James!

MORELL. - Cuando nos visitó la última vez -creo que fue hace tres años- dijo la misma cosa, pero con un poco más de franqueza. Las palabras exactas, en esa oportunidad, fueron: "¡Eres el mismo tonto de siempre, James!"

BURGESS (*aplacándolo*). -Bueno, es posible. (*Con alegría conciliatoria.)* Pero lo dije sin ánimo de ofenderte. Un cura tiene derecho a ser un poco tonto, ¿sabes? Está de acuerdo con su profesión el que así suceda. De todos modos no he venido aquí para renovar antiguas discusiones sino para echar pelillos a la mar. *(Poniéndose de pronto sumamente solemne y acercándose a Morell.)* James, hace tres años me jugastes una mala pasada. Me birlastes un contrato. Y cuando, naturalmente desilusionado, te dije algunas palabras un poco fuertes, indispusistes a mi hija contra mí. Bueno, he venido a hacer el papel de un buen "queristiano". *(Tendiéndole le mano.)* Te perdono, James.

MORELL (poniéndose en pie de un salto). - ¡Maldito sea su descaro!

BURGESS *(retrocede; con desaprobación casi lacrimosa de tal tratamiento).* - ¿Es ese un lenguaje correcto para un cura, James? ¡Y tú que eres tan puntilloso!

MORELL *(calurosamente).* - No, señor; no es un lenguaje correcto para un cura. Use la palabra equivocada. Debería haber dicho: "¡Al infierno con su descaro!" Eso es lo que le habría dicho San Pablo o cualquier sacerdote honrado. ¿Le parece que he olvidado la lista de precios que presentó en la licitación para proporcionar ropas al hospicio?

BURGESS *(en un paroxismo de patriotismo).* - "Atue" en defensa del interés de los

contribuyentes, James. Fue la lista de precios más modesta de todas; eso no puedes negarlo.

MORELL. - Sí, la más modesta porque pagaba salarios más bajos que cualquier otro patrono -sueldos de hambre-, sí, peor que sueldos de hambre, a las mujeres que confeccionaban la ropa. Sus jornales las habría lanzado al arroyo para mantenerse. *(Enfureciéndose cada vez más.)* Esas mujeres eran feligresas mías. Avergoncé a los administradores del hospicio, a tal punto que se negaron a aceptar su proposición; avergoncé a los contribuyentes para que les permitieran hacerlo; avergoncé a todo el mundo menos a usted. *(Estallando.)* ¡Cómo se atreve, señor, a venir a mi casa y atreverse a ofrecerme su perdón y hablar de su hija y...

BURGESS. - ¡Calma, James, calma, calma! No te sulfures por nada. Ya admití que estaba equivocado.

MORELL. -¿Sí? No lo escuché.

BURGESS. -Es claro que sí. Lo admito. Vamos, te pido perdón por la carta que te escribí. ¿No es bastante?

MORELL *(chasqueando los dedos).* -Eso no es nada. ¿Ha elevado los salarios?

BURGESS *(con tono triunfal).*-Sí.

MORELL. - ¿Qué?

BURGESS *(untuoso).*-Me he convertido en un patrono modelo. Ahora ya no empleo mujeres; las despedí a todas. Hago todo el trabajo con máquinas. Ni un solo hombre cobra menos de seis peniques por hora. Y los operarios calificados cobran según la tarifa del sindicato. *(Orgulloso.)* ¿Qué puedes decirme ahora?

MORELL (anonadado). -¡Es imposible! ¡Bueno, más se alegra el cielo por un pecador

arrepentido... ! *(Acercándose a Burgess con un estallido de cordialidad, para disculparse.)* Mi querido Burgess, ¡es un gesto espléndido! Le ruego sinceramente que me perdone por mi mala opinión de usted. *(Tomándole la mano.)* Y ahora, ¿no se siente mejor con el cambio? ¡Vaya! ¡Confiese! Está más dichoso. Se le ve más dichoso.

BURGESS *(con tristeza).* - Bien, es posible. Supongo que así será, ya que lo notas. De todos modos, el Consejo de Distrito me aceptó el contrato. (Furioso.) No quieren tratos conmigo si no pago salarios honrados. ¡Maldito hatajo de estúpidos entrometidos!

MORELL (soltándole la mano, completamente desalentado). - ¡De modo que sólo por eso aumentó los salarios! *(Se sienta melancólicamente.)*

BURGESS *(severamente, en tono cada vez más alto).* -¿Por qué otro motivo habría de hacerlo? ¿Para qué sirve si no para que los obreros se emborrachen y se pongan arrogantes? *(Se sienta en el sillón con aspecto de magistrado.)* Eso está bien para ti, James; hace que los diarios se ocupen de ti y te convierte en un gran hombre. Pero no se te ocurre pensar en el daño que haces cuando pones dinero en los bolsillos de obreros que no saben cómo gastarlo, sacándoselo antes a gente que podría utilizarlo perfectamente.

MORELL *(con un profundo suspiro, hablando con helada cortesía).* - ¿De qué quería hablarme esta mañana? No fingiré creer que ha venido a verme por puro sentimiento familiar.

BURGESS *(obstinadamente).* - Pues eso mismo; sentimiento familiar y nada menos.

MORELL *(calmoso pero fatigado).* -No le creo.

BURGESS *(levantándose amenazadoramente).* - No me lo vuelvas a decir, James Mavor Morell.

MORELL *(imperturbable).* - Lo diré tantas veces como sea necesario para convencerlo

de que es cierto. No le creo.

BURGESS *(hundiéndose en un abismo de sentimientos heridos).* - Oh, bueno, si estás decidido a mostrarte "höstil", supongo que será mejor que me vaya. *(Se dirige de mala gana hacia la puerta. Morell no se mueve. Burgess se demora.)* No esperaba encontrarte de talante tan duro, James. *(Como Morell sigue callado, da unos cuantos pasos desganados hacia la puerta. Luego vuelve, gimoteando.)* Antes solíamos entendernos a pesar de nuestras diferencias de opinión. ¿Por qué has cambiado tanto en ese sentido? Te doy mi palabra de que he venido por pura amistad, ya que no quería estar enojado con el esposo de mi hija. Vamos, James. Sé un "queristiano" y dame la mano. *(Pone sentimentalmente la mano sobre el hombro de Morell.)*

MORELL *(contemplándolo pensativamente).* -Vea, Burgess. ¿Quiere que lo recibamos en esta casa tan bien como antes de que perdiera el contrato?

BURGESS. - Sí, James. De veras que sí.

MORELL. - Y entonces, ¿por qué no se porta como antes?

BURGESS *(sacando cautelosamente la mano).* - ¿Qué quieres decir?

MORELL. -Se lo diré. Entonces opinaba que yo era un tonto.

BURGESS *(zalamero).* -No, James, nada de eso. Yo...

MORELL *(interrumpiéndolo).* - Sí. Y yo pensaba que usted era un viejo pillastre.

BURGESS *(desaprobando con vehemencia esa grave autoacusación de parte de Morell).*-No. James, no pensabas así. Te estás haciendo una injusticia.

MORELL. -No. Bien, eso no nos impidió que nos entendiéramos. Dios lo hizo a usted lo que llamo un pillastre, así como me hizo a mí lo que usted llama un tonto. *(Esta observación tiene sobre Burgess el efecto de quitar la clave de su arco moral. Se siente*

físicamente débil y, con la mirada fija en Morell, indefenso, extiende la mano con aprensión, para mantener el equilibrio, como si el piso se derrumbara de pronto bajo sus pies. Morell continúa hablando en el mismo tono de convicción tranquila.) No era cosa mía discutir la obra de El, en un caso tanto como en el otro. Mientras usted viniese aquí honestamente, como un granuja redomado, convencido, respetuoso de sí mismo, justificando su granujería y orgulloso de ella, sería bien recibido. Pero... *(Y ahora el tono de Morell se torna formidable. Se levanta y golpea el respaldo de la silla para dar más énfasis a sus palabras.)* No toleraré que venga aquí fanfarroneando de que es un patrono modelo y un converso, cuando no es más que un apóstata que ha vuelto la casaca para conseguir el contrato del Consejo de Distrito. *(Asiente para dar más fuerza al argumento. Luego se acerca al hogar, donde adopta una posición cómodamente dominadora, y continúa hablando.)* No, me agrada que un hombre sea honesto consigo mismo, aun en la maldad. Vamos, una de dos: o toma su sombrero y se va o se sienta y me da un buen motivo bribonesco para querer conservar su amistad conmigo. (Burgess, cuyas emociones se han apaciguado lo suficiente como para exteriorizarse en una sonrisa ofuscada, se siente aliviado ante esa proposición concreta. Medita un instante y luego, lentamente y con suma modestia, se sienta en la silla que Morell acaba de abandonar.) Muy bien. Y ahora, al grano.

BURGESS *(riendo a pesar suyo).* -Bueno, eres un pájaro raro, James, te lo aseguro. *(Casi entusiasmado.)*

Pero es imposible dejar de quererte. Además, como dije antes, uno no toma en serio todo lo que dice un sa cerdote. De otro modo el mundo no podría seguir adelante. ¿No te parece? *(Se prepara para una disertación más solemne y, observando a Morell, continúa*

con monótona seriedad.) Bien, no tengo inconvenientes en decirte, ya que quieres que "séamos" completamente francos, que es cierto que antes creía que eras un tonto. Pero estoy comenzando a pensar que en ese entonces no estaba yo a la altura de las circunstancias.

MORELL *(jubiloso).* - ¡Ahá! Por fin lo descubre, ¿eh?

BURGESS *(sentencioso)* . - Sí, los tiempos han cambiado más de lo que habría creído. Hace cinco años a ningún hombre sensato se le habría ocurrido aceptar tus ideas. Yo solía maravillarme de que te dejaran predicar. Conozco a un sacerdote a quien el Obispo de Londres lo sacó de su puesto durante varios años, y eso que el pobre diablo no es más religioso que tú. Pero en la actualidad, si alguien me ofreciera apostar mil libras a que tú mismo no llegarás a ser obispo, no aceptaría la apuesta. *(Con tono grave.)* Tú y tu gente se están haciendo influyentes, me doy cuenta de ello. Alguna vez tendrán que darte algún cargo, aunque sólo sea para cerrarte la boca. En fin de cuentas tuviste la corazonada "correta", James. El camino que seguiste es, a la larga, el más provechoso para los hombres como tú.

MORELL *(ofreciéndole la mano con toda decisión).* - Chóquela, Burgess. Ahora está hablando honradamente. No creo que me hagan obispo. Pero si lo hacen le presentaré a los más grandes especuladores que consiga invitar a mis cenas.

BURGESS *(que se ha puesto de pie con una sonrisa tímida, aceptando el amistoso apretón de manos).* - Te gusta bromear, james. Nuestra disputa ha terminado, ¿ eh?

UNA VOZ DE MUJER. - Dí que sí, james.

Sobresaltados, se vuelven rápidamente y descubren que acaba de entrar Cándida, quien los contempla con la divertida indulgencia maternal que es su expresión característica.

Es una mujer de treinta y tres años, bien formada, bien alimentada, que -se le ocurre a uno- más adelante puede llegar a tener una figura de matrona, pero que ahora está en la cumbre de su belleza, con el doble encanto de la juventud y la maternidad. Sus modales son los de una mujer que ha descubierto que le es más fácil manejar a la gente conquistando su afecto y que lo hace franca e instintivamente, sin el menor escrúpulo. En eso se parece a cualquier otra mujer hermosa que es lo bastante inteligente como para aprovechar al máximo sus atractivos sexuales, para sus fines egoístas y triviales. Pero la mirada serena de Cándida, sus ojos valientes y su boca y barbilla bien plantadas hablan de una grandeza mental y de una dignidad de carácter que ennoblecen su astucia en el manejo de sus afectos. Un observador agudo advertiría inmediatamente, al verla, que quien colocó la reproducción de la Virgen de la Asunción lo hizo porque se imaginaba algún parecido espiritual con Cándida. Pero no sospecharía que la idea hubiese partido de ella o de su esposo, ni creería que uno de ellos tuviera algún interés por el arte del Ticiano.

En ese momento Cándida viste una capa y un sombrero, lleva una manta arrollada. por la que asoma un paraguas, y una maleta y un puñado de periódicos ilustrados.

MORELL *(escandalizado por su negligencia).* - ¡Cándida! ¡Pero... ! *(Mira su reloj y se horroriza de descubrir que es tan tarde.)* ¡Mi querida! *(Corre hacia ella y toma el rollo de la manta, en tanto que continúa expresando su remordimiento.)* Quería ir a buscarte a la estación. Dejé que pasara el tiempo. *(Lanzando la manta sobre el sofá.)* Estaba tan ocupado con... *(Volviendo hacia ella.)* Me olvidé... ¡Oh! *(La abraza con emoción penitente.)*

BURGESS *(un tanto avergonzado y dudando de cómo se le recibirá).* - ¿Cómo estás,

Candy? *(Ella, todavía en brazos de More¡, le ofrece la mejilla, que él besa.)* James y yo hemos hecho las paces. Las paces honrosas. ¿No es cierto, James?

MORELL *(impetuosamente).* - ¡Déjeme tranquilo con sus paces! Me hizo olvidar de que debía salir al encuentro de Cándida. *(Con compasivo fervor.)* Mi querida... ¿Como te las arreglaste con el equipaje? ¿Como... ?

CÁNDIDA *(interrumpiéndole y desasiéndose del abrazo).* - ¡Vaya, vaya! No estaba sola. Eugene estaba con nosotros y hemos viajado juntos.

MORELL *(encantado).* - ¡Eugene!

CÁNDIDA. - Sí, está forcejeando con mi equipaje, pobre muchacho. Sal inmediatamente o él pagará el taxímetro. Y no quiero que haga eso. *(Morell sale presurosamente. Cándida deja la maleta en el suelo, se quita el sombrero y la capa y los coloca en el sofá, junto a la manta; entretanto continúa hablando.)* Bueno, papá, ¿qué tal te va en casa?

BURGESS. - No se puede vivir allí desde que te fuistes, Candy. Me gustaría que fueras y le dieras un sermón a esa muchacha. ¿Quién es ese Eugene que viene contigo?

CÁNDIDA. - Ah, Eugene es uno de los descubrimientos de James. En junio lo encontró durmiendo en el Embankment. ¿No has visto nuestro nuevo cuadro? *(Indica el de la Virgen.)* Nos lo dio él.

BURGESS *(incrédulo).*- ¡Caray! ¿Quieres decirme a mí, a tu propio padre, que los vagabundos que duermen en el Embankment pueden comprar cuadros como ése? *(Severamente.)* No me engañes, Candy. Es una pintura religiosa y la compro el propio James.

CÁNDIDA. - Estás equivocado. Eugene no es un vagabundo.

BURGESS. - ¿Y qué es entonces? *(Sarcástico.)* Seguramente un aristócrata.

CÁNDIDA *(asintiendo, encantada).* - Sí. ¡El tío es un par del reino! Un verdadero conde, vivito y coleando.

BURGESS *(sin atreverse a creer tan buenas noticias).* - ¡No!

CÁNDIDA. - Sí. Tenía en el bolsillo una letra a siete días vista, por cincuenta y cinco libras, cuando James lo encontró en el Embankment. Creía que no le darían ningún dinero por ella hasta que no se cumplieran los siete días y era demasiado tímido para pedir que le prestaran sobre ella. ¡Ah, es un tesoro! Lo queremos mucho.

BURGESS *(fingiendo despreciar a la aristocracia, pero con la mirada brillante).* - ¡Hmm! Ya me parecía a mí que el sobrino de un conde no aparecería por el parque Victoria si no era un mentecato. *(Volviendo a mirar el cuadro.)* Es claro que no me gusta esa clase de pinturas, Candy; pero reconozco que es una obra de arte de primera, eso sí. No dejes de presentarme, Candy. *(Mira con ansia su reloj.)* No puedo quedarme más de dos minutos.

Morell regresa con Eugene, a quien Burgess contempla con entusiasmo, con la mirada húmeda. Se trata de un joven extraño, tímido, de dieciocho años de edad, delgado, afeminado, de delicada voz infantil, expresión acosada y atormentada y modales apocados que revelan la dolorosa sensibilidad que produce una inteligencia, rápida y aguda en la juventud, antes de que el carácter haya llegado a su verdadera madurez. Lastimosamente indeciso, no sabe dónde ponerse ni qué hacer. Tiene miedo de Burgess y, si se atreviese, correría a esconderse. Pero la intensidad con que tiene conciencia de una situación perfectamente vulgar proviene de una excesiva fuerza nerviosa. Y las aletas de la nariz, la boca y los ojos traicionan una voluntad ferozmente impaciente, en cuanto a cuyo sentido su frente, ya surcada por las arrugas de la compasión, produce un

efecto tranquilizador. Es tan extraordinario que resulta casi ultraterreno. Y para la gente prosaica debe haber algo malsano en esa sobrenaturalidad, así como para la gente poética hay algo angélico en ella. Su atavío es anárquico. Lleva una vieja chaqueta de sarga azul, desabrochada, sobre una camisa de tennis, de lana; en el cuello tiene un pañuelo de seda a modo de corbata; los pantalones hacen juego con el saco y j calza zapatos de lona color castaño. Aparentemente se ha acostado vestido entre los brezales y con ese traje ha vadeado los arroyos. Y no se ve señal alguna de que se lo haya cepillado alguna vez.

Se detiene al entrar, cuando ve a un desconocido, y se pega a la pared, en el lado opuesto de la habitación.

MORELL *(entrando).* - Venga, de todos modos podrá dedicarnos un cuarto de hora. Este es mi suegro. Mr. Burgess... Mr. Marchbanks.

MARCHBANKS *(apoyándose nerviosamente contra la biblioteca).* - Encantado de conocerlo, señor.

BURGESS *(acercándose a él con gran animación, en tanto que Morell se une a Cándida, junto al fuego).* - Me alegro de conocerlo, por cierto, Mr. Marchbanks. *(Obligándolo a darle la mano.)* ¿Y qué tal le sienta este tiempo? Espero que no permitirá que James le meta ideas tontas en la cabeza...

MARCHBANKS. - ¿Ideas tontas? Ah, ¿se refiere al socialismo? No.

BURGESS. - Muy bien. *(Volviendo a estudiar su reloj.)* Bueno, debo marcharme, no hay más remedio. ¿No va usted por mi lado, Mr. Marchbanks?

MARCHBANKS. - ¿Para dónde es eso?

BURGESS. - Para la estación del parque Victoria. Hay un tren local a las 12.25.

MORELL. -Nada de eso. Supongo que Eugene se quedará a almorzar con nosotros.

MARCHBANKS *(excusándose ansiosamente).* - No... Yo... yo...

BURGESS. - Bueno, bueno, no quiero insistir. Apuesto a que prefiere almorzar con Candy. Espero que alguna noche cene conmigo en mi club, el Fundidores Libres de Norton Folgate. ¡Vamos, prométamelo!

MARCHBANKS. -Gracias, Mr. Burgess. ¿Dónde está Norton Folgate? En Surrey, ¿no es cierto? Burgess, indeciblemente divertido, comienza a reír.

CÁNDIDA *(acudiendo al rescate).* -Perderás tu tren, papá, si no te vas en seguida. Vuelve por la tarde y díle a Mr. Marchbanks cómo podrá encontrar tu club.

BURGESS *(rugiendo de alegría).* - ¡En Surrey! ¡Ja, ja! No está mal. Bueno, hasta ahora no conocí un hombre que supiese dónde está Norton Folgate. *(Avergonzado por su propia ruidosidad.)* Adiós, Mr. Marchbanks. Sé que es lo suficientemente bien educado como para no tomar a mal mis bromas. *(Vuelve a ofrecerle la mano.)*

MARCHBANKS *(tomándola con un movimiento convulsivo).* -En absoluto.

BURGESS. - Adiós, Candy. Hasta luego, James.

MORELL. - ¿Es necesario que se vaya?

BURGESS. - No te molestes. *(Sale con inalterable afabilidad.)*

MORELL. - Oh, lo acompañaré. *(Lo sigue.)*

Eugene los mira con aprensión y contiene la respiración hasta que Burgess desaparece.

CÁNDIDA *(riendo).* - ¿Y bien, Eugenio? *(Este se vuelve con un respingo y se acerca ávidamente a ella, pero se detiene, indeciso, cuando advierte su expresión divertida.)* ¿Qué le parece mi padre?

MARCHBANKS. - Yo... todavía no puedo juzgarlo. Parece ser un caballero encantador.

CÁNDIDA *(con dulce ironía).* -Y usted cenará con él en el club Fundidores Libres, ¿no es cierto?

MARCHBANKS *(con tono desdichado, tomándolo muy en serio).* - Sí, si eso la complace.

CÁNDIDA *(conmovida).* - ¿Sabe?, es usted un buen muchacho a pesar de toda su rareza. Si se hubiera reído de mi padre no me habría molestado. Pero ahora lo quiero mucho más por haberse mostrado amable con él.

MARCHBANKS. - ¿Acaso tendría que haberme reído? Me di cuenta de que él había dicho algo gracioso; pero me siento tan incomodo con los extraños... Y jamás puedo entender un chiste. Lo siento mucho. *(Se sienta en el sofá, con los codos en las rodillas y las sienes apretadas entre los puños, con una expresión de sufrimiento desesperanzado.)*

CÁNDIDA *(animándolo bonachonamente).* - ¡Ah, vamos! ¡Niño grande! Esta mañana está peor que de costumbre. ¿Por qué estaba tan melancólico en el taxímetro?

MARCHBANKS. - Oh, no era nada. Me preguntaba cuánto debería darle al conductor. Sé que es completamente tonto, pero usted no sabe cuán terribles son para mí esas cosas y como me asusta tener que tratar con gente desconocida. *(Rápida y tranquilizadoramente.)* Pero no es nada. El hombre lanzo una sonrisa radiante y se toco la gorra cuando Morell le dio dos chelines. Y yo estaba a punto de ofrecerle diez.

Morell regresa con algunas cartas y periódicos que han venido con el correo del mediodía.

CÁNDIDA. - ¡Ay, James querido, quería ofrecer diez chelines al conductor! ¡Diez chelines por un viaje de tres minutos! ¡Caramba!

MORELL *(ante la mesa, revisando las cartas).* -No le haga caso, Marchbanks. El instinto

de pagar en exceso es generoso, mejor que el de pagar de menos y no tan corriente.

MARCHBANKS *(volviendo a caer en el desaliento).* - No, es cobardía, incompetencia. Su esposa tiene razón.

CÁNDIDA. - Es claro que la tiene. *(Toma su cartera.)* Y ahora tendré que dejarlo con James por un momento. Supongo que es usted demasiado poeta como para darse cuenta en qué estado encuentra su casa una mujer después de haber estado ausente tres semanas. Déme mi manta. *(Eugene toma la manta arrollada del sofá y se la entrega. Ella la toma con la mano izquierda; en la derecha tiene la cartera.)* Ahora cuélgueme el abrigo del brazo. *(El obedece.)* Ahora mi sombrero. *(El se lo pone en la mano que sostiene la valija.)* Ahora ábrame la puerta. *(El joven corre a abrirla.)* Gracias. *(Cándida sale y Marchbanks cierra la puerta.)*

MORELL *(todavía atareado ante la mesa).* - Naturalmente, Marchbanks, se quedará a almorzar.

MARCHBANKS *(asustado).* - No debo. *(Mira rápidamente a Morell, pero inmediatamente esquiva la mirada franca de éste y agrega, con evidente falta de ingenio:)* Quiero decir que no puedo.

MORELL. - Quiere decir que no quiere.

MARCHBANKS *(sinceramente).* - No, de veras que me agradaría. Muchas gracias. Pero... pero...

MORELL. - Pero... pero... pero... pero... ¡Palabras! Si le agrada quedarse, quédese. Si tiene timidez, salga y dé una vuelta por el parque y escriba poesía hasta la una y media. Luego vuelva y lo alimentaremos.

MARCHBANKS. - Gracias, me gustaría. Pero en verdad no puedo. Lo cierto es que Mrs.

Morell me dijo que no me quedara. Me dijo que no creía que usted me invitara a almorzar, pero que, si lo hacía, yo debía re-

cordar que era una invitación formal. *(Plañideramente.)* Me dijo que yo lo entendería, pero no lo entiendo. Por favor, no se lo diga a ella.

MORELL *(en tono festivo).* -Ah, ¿eso es todo? ¿Y acaso mi sugerencia del paseo por el parque no resuelve la dificultad?

MARCHBANKS. - ¿Cómo?

MORELL *(estallando, afablemente).* - ¡Pero vea que es usted obtuso... ! *(Pero su ruidosidad le choca tanto como a Eugene. Se contiene.)* No, lo diré de otro modo. *(Se acerca a Eugene con seriedad afectuosa.)* Mi querido joven: en un matrimonio dichoso como el mío hay algo sagrado en el regreso de la mujer a su hogar. *(Marchbanks lo mira rápidamente, casi adivinando lo que quiere decir.)* En tales ocasiones un amigo de la casa o una persona realmente noble y simpática no es molestia alguna. Pero un visitante casual sí lo es. *(La expresión acosada y horrorizada aparece repentina y vívidamente en el rostro de Eugene, que ha entendido. Morell, ocupado con sus propios pensamientos, continúa sin advertir nada.)* Cándida pensó que preferiría que usted no se quedara. Pero se equivocó. Yo lo aprecio mucho, Eugene, y me agradaría que se diese cuenta de cuán dichoso se es en un matrimonio como el mío.

MARCHBANKS. - ¡Dichoso! ¿Su matrimonio? ¿Usted lo cree? ¿Usted está seguro de ello?

MORELL *(vivaz).* - Lo sé, querido. La Rochefoucauld dijo que no hay matrimonios placenteros sino matrimonios convenientes. No sabe usted cuán hermoso es poder desmentir rotundamente a un mentiroso redomado y a un cínico como ese individuo. ¡Ja,

ja! ¡Y ahora, al parque, a escribir su poema! Y de vuelta a la una y media en punto; nunca esperamos a nadie.

MARCHBANKS *(salvaje).* - No, basta, no lo hará. Lo obligaré a salir a la luz.

MORELL *(intrigado).* - ¿Eh? ¿Me obligará a qué cosa?

jMARCHBANKS. - Debo hablarle. Es preciso que debemos arreglado algo.

MORELL *(con una mirada a su reloj).* - ¿Ahora?

MARCHBANKS *(apasionado).* - Ahora. Antes que salga de este cuarto. *(Retrocede unos pasos y se ubica como para impedir que Morell se acerque a la puerta.)*

MORELL *(Sin moverse, gravemente, advirtiendo ahora que hay algo serio en la cuestión).* -No pienso salir del cuarto; creí que era usted el que iba a irse. *(Eugene, desconcertado por su tono firme, se vuelve de espaldas a él, convulso de ira. Morell se le acerca y le pone, firme y bondadosamente, una mano en el hombro, pasando por alto los esfuerzos del joven por quitársela de encima.)* Vamos, siéntese tranquilamente y dígame de qué se trata. Y recuerde: somos amigos y no debemos temer que uno de nosotros se muestre impaciente o brusco con el otro, suceda lo que sucediere.

MARCHBANKS *(volviéndose hacia él).* - ¡Ah, no es que haya perdido la serenidad! *(Cubriéndose desesperadamente el rostro con las manos.)* Es que estoy lleno de horror. *(Luego, dejando caer las manos y acercando ferozmente el rostro al de Morell, continúa hablando amenazadoramente.)* Ya verá que este es un momento para demostrar paciencia y bondad. *(Morell, firme como una roca, lo contempla con indulgencia.)* No esté tan complacido consigo mismo. Cree que es más fuerte que yo, pero yo lo haré tambalear si es que tiene un corazón en el pecho.

MORELL *(profundamente confiado).* - Hágame tambalear, muchacho. Adelante.

MARCHBANKS. - En primer lugar...

MORELL. - ¿Sí?

MARCHBANKS. - Amo a su esposa.

Morell retrocede y, luego de mirarlo con absoluta perplejidad, rompe en irresistibles carcajadas. Eugene se siente incómodo, pero no desconcertado. Y muy pronto se muestra indignado y despectivo.

MORELL *(sentándose para terminar de reír).* - Pero, mi querido niño, por supuesto. Todo el mundo la ama, es imposible evitarlo. Y ello me agrada. *(Mirándolo con aire divertido.)* Pero, vea Eugene, ¿le parece que el suyo es un caso digno de ser discutido? Usted no tiene todavía veinte años; ella ha pasado los treinta. ¿No se da cuenta de que es un simple amorío?

MARCHBANKS *(con vehemencia).* - ¡Se atreve a pensar eso de ella! ¡Eso es lo que opina del amor que ella inspira! ¡Es un insulto para Cándida!

MORELL *(levantándose rápidamente, con la voz alterada).* - ¿Para Cándida? Eugene, tenga cuidado. He sido paciente. Y espero seguir siéndolo. Pero hay cosas que no pienso permitir. No me obligue a mostrarle la indulgencia que tendría para con un niño. Sea un hombre.

MARCHBANKS *(con un gesto como de rechazar algo molesto).* - Oh, dejemos de lado todas estas paparruchas. Me horroriza el solo pensar en las dosis de esto que ella ha debido soportar durante los agotadores años en que usted la sacrificó egoísta y ciegamente, obligándola a servir a su presunción... *(Enfrentándolo.)* ¡Usted, que no tiene un solo pensamiento... un solo sentimiento... en común con ella!

MORELL *(filosóficamente).* -Parece aguantarlo perfectamente bien. (*Mirándolo*

rectamente a la cara.) Eugene, hijo mío, está haciendo el tonto, el grandísimo tonto. Y esta es una verdad sumamente saludable para usted. *(Confirma la lección con un asentimiento de cabeza y se ubica ante el hogar, con las manos tras de las espaldas para calentárselas.)*

MARCHBANKS. - ¿Acaso cree que no sé todo eso? ¿Le parece que las cosas que ponen en ridículo a las personas son menos reales y verdaderas que las cosas ante las cuales se muestran sensatas? *(La mirada de Morell vacila por primera vez. Se olvida de calentarse las manos y escucha, sobresaltado y pensativo.)* Pues bien: son más que ciertas; son las únicas verdaderas. Usted se muestra muy sereno y cuerdo y moderado conmigo porque ve que soy un tonto en cuanto a su esposa. Del mismo modo que ese anciano que estuvo aquí hace unos momentos es muy prudente en cuanto al socialismo de usted, porque se da cuenta de que usted es un bobo en ese sentido. *(La perplejidad de Morell se intensifica notablemente. Eugene aumenta su ventaja acosándolo ferozmente con preguntas.)* ¿Significa esto último que usted está equivocado? ¿Y acaso la complaciente superioridad que muestra para conmigo indica que yo lo estoy?

MORELL. - Marchbanks, algún demonio le está poniendo esas palabras en la boca. Es fácil... terriblemente fácil... destruir la fe que un hombre tiene en si mismo. Y aprovecharlo para hacer tambalear el espíritu de un hombre es cosa diabólica. Tenga cuidado con lo que hace. Tenga cuidado.

MARCHBANKS *(implacable).* -Lo sé. Lo hago adrede. Ya le dije que lo haría tambalearse.

Se miran amenazadoramente por unos momentos. Luego Morell recupera su dignidad.

MORELL *(con noble ternura).* - Eugene, escúcheme. Espero y confío que algún día será

un hombre dichoso como yo. *(Eugene se irrita, intolerante, rechazando el valor de esa dicha de Morell. Este, hondamente insultado, se domina con magnífica paciencia y continúa hablando tranquilamente, con gran belleza artística en la oratoria.)* Se casará y trabajará con todas sus fuerzas, con todo su denuedo, para hacer que todos los rincones de la tierra sean tan felices como su propio hogar. Será uno de los constructores del Reino de los Cielos en la tierra. Y -¿quién sabe?- puede que resulte un arquitecto maestro allí donde yo no soy más que un jornalero. No crea, muchacho, que no puedo ver en usted, joven como es, la promesa de más altos triunfos de los que yo jamás podré alcanzar. Sé perfectamente que es en el poeta donde el espíritu inmortal del hombre -el dios que hay en éles más divino. El solo hecho de pensar en ello debería hacerlo estremecerse... la sola idea de que la pesada carga y el enorme don de un poeta puedan recaer sobre usted.

MARCHBANKS *(inconmovido e impávido; su tosca fe juvenil choca reciamente contra la oratoria de Morell).* - No me estremece. Lo que me estremece es la falta de todo eso en los demás.

MORELL *(redoblando la energía de su estilo bajo el estímulo de sus legítimos sentimientos y la obstinación de Eugene).* - Entonces ayúdeme a encenderlo en ellos... en mí ... y no a extinguirlo. En el futuro, cuando sea tan feliz como yo lo soy ahora, seré su verdadero hermano en la fe. Le ayudaré a creer que Dios nos ha dado un mundo que solamente nuestra locura impide que se convierta en un paraíso. Le ayudaré a creer que cada trazo de su pluma siembra dicha para la gran cosecha que todos -hasta los más humildesrecogerán algún día. Y finalmente, pero, créame, no menos importante, le ayudaré a creer que su esposa lo ama y es feliz en su hogar. Necesitamos una ayuda así, Marchbanks, la necesitamos mucho, siempre. Hay tantas cosas que pueden hacernos

Librodot

dudar, cada vez que permitimos que nuestro entendimiento se ofusque... Hasta en el hogar estamos como en un campamento, rodeados de un hostil ejército de dudas. ¿Querrá usted representar el papel del traidor y hacer que ellas me asalten?

MARCHBANKS *(mirando alocadamente en torno).* - ¿Esto es lo que ella tiene que aguantar siempre? Una mujer de espíritu grandioso, una mujer que ansía realidad, verdad, libertad, y que no recibe más que metáforas, sermones, peroratas hueras, pura retórica. ¿Le parece que el alma de una mujer puede vivir del talento que usted tiene para predicar?

MORELL *(ofendido).* - Marchbanks, está haciendo que me resulte difícil dominarme. Mi talento se parece al suyo, en lo que tiene de valor. Es el don de encontrar palabras para enunciar la verdad divina.

MARCHBANKS *(impetuosamente).* - Es el don de la locuacidad, nada más y nada menos. ¿Qué tiene que ver con la verdad su facilidad para hablar bien? ¡Tanto como tocar el órgano! Nunca estuve en su iglesia, pero he concurrido a sus reuniones políticas y lo he visto hacer lo que se llama avivar el entusiasmo del público. Es decir, excitar a los concurrentes hasta que se comportan exactamente como si estuvieran ebrios. Y las mujeres miran a sus esposos y se dan cuenta de cuán tontos son. ¡Oh, es un cuento viejo! Lo encontrará en la Biblia. Me imagino que el rey David, en sus arrebatos de entusiasmo, se parecía mucho a usted. *(Apuñaleándole con las palabras.)* "Pero en su corazón su esposa lo despreciaba."

MORELL *(airado).* - ¡Salga de mi casa! ¿Me oye? (Se adelanta amenazadoramente.)

MARCHBANKS *(retrocediendo contra el sofá).* - Déjeme tranquilo. No me toque. *(Morell lo toma fuertemente de las solapas. Eugene se deja caer en el sofá y grita*

apasionadamente.) ¡Deténgase, Morell! ¡Si me pega me mataré! ¡No lo toleraré! *(Casi histérico.)* ¡Déjeme!

¡Sáqueme la mano de encima!

MORELL *(con lento desprecio enfático).* - Cachorrito cobarde y llorón. *(Lo suelta.)* Váyase antes de que se desmaye del susto.

MARCHBANKS *(en el sofá, jadeando pero tranquilizado).* -No le temo. Es usted quien me tiene miedo.

MORELL *(sereno, de pie ante él).* -Ya se ve, ¿no es cierto?

MARCHBANKS *(con áspera vehemencia).* - Sí, se ve. *(Morell se aleja despreciativamente. Eugene se pone trabajosamente de pie y lo sigue.)* Le parece que porque me niego a ser tratado brutalmente... *(Con lágrimas en la voz.)* Porque no puedo hacer otra cosa que llorar de cólera cuando me veo ante la violencia... porque no puedo levantar un pesado baúl del portaequipajes de un taxímetro, como usted... porque no puedo luchar con usted por su esposa, como lo haría un estibador borracho, le parece que le tengo miedo. Pero se equivoca. Si no poseo lo que se llama el denuedo británico, tampoco tengo la cobardía británica. No temo a las ideas de un sacerdote. Las combatiré. Rescataré a Cándida de su esclavitud a esas ideas. Enfrentaré mis propias ideas con las de usted. Me expulsa de su casa porque no se atreve a permitir que su esposa escoja entre nuestros modos de pensar. Tiene miedo de que yo vuelva a verla. *(Morell, encolerizado, se lanza de pronto sobre él. Eugene corre hacia la puerta, involuntariamente asustado.)* Déjeme tranquilo, le digo. Me voy.

MORELL *(con fría ironía).* -Espere un momento; no lo tocaré, no tenga miedo. Cuando vuelva mi esposa querrá saber por qué se ha ido. Y cuando descubra que usted ya no

pisará nuevamente nuestro umbral, también querrá que le explique el motivo. Pues bien, no quiero afligirla diciéndole que usted se ha portado como un granuja.

MARCHBANKS *(volviendo con renovada vehemencia).* - Debe hacerlo. Es preciso que lo haga. Si le da cualquier explicación que no sea la verdadera será un mentiroso y un cobarde. Cuéntele todo lo que yo dije y que usted se portó valiente y virilmente y me sacudió como un terrier sacude a una rata. Y que yo huí y me aterroricé. Y no olvide de mencionar que me llamó cachorrito cobarde y llorón y me echó de la casa. Si no se lo dice usted se lo diré yo. Se lo escribiré.

MORELL *(perplejo).* - ¿Por qué quiere que ella sepa todo eso?

MARCHBANKS *(con lírico arrebato).* - Porque me en

tenderá y sabrá que yo la entiendo. Y si le oculta una sola palabra -si no está tan dispuesto a poner la verdad a sus pies como lo estoy yo- entonces sabrá, hasta el fin de sus días, que ella me pertenece realmente a mí y no a usted. Adiós. *(Está por salir.)*

MORELL *(terriblemente preocupado).* - Espere; no se lo diré.

MARCHBANKS *(volviéndose, ya cerca de la puerta).* - Si me voy tendrá que decirle algo: la verdad o una mentira.

MORELL *(contemporizador).*-Marchbanks, a veces resulta justificable...

MARCHBANKS *(interrumpiéndole).* -Ya lo sé: la mentira. Será inútil. Adiós, señor Sacerdote.

Cuando se vuelve para salir, la puerta se abre y entra Cándida, con vestido de casa.

CÁNDIDA. - ¿Se va, Eugene? *(Observándolo más atentamente.)* Pero mírese, mire cómo iba a salir a la calle. Ya se ve que es un poeta. ¡Míralo, James! *(Lo toma del saco y lo lleva ante Morell.)* ¡Mírale el cuello, mírale la corbata, el cabello! Cualquiera diría que

alguien lo ha estado estrangulando. *(Eugene instintivamente trata de mirar a Morell, pero ella lo atrae hacia sí.)* ¡Vaya! Quédese quieto. *(Le abotona el cuello, le hace un lazo con el pañuelo del cuello y le peina el cabello.)* ¡Eso es! Y ahora está tan hermoso que creo que será mejor que, en fin de cuentas, se quede a almorzar, aunque le dije que no lo hiciera. Comeremos dentro de media hora. *(Da un toquecito final al nudo del pañuelo. El le besa la mano.)* No sea tonto.

MARCHBANKS. -Naturalmente, quiero quedarme. A menos que su señor esposo, el reverendo, tenga alguna objeción que presentar.

CÁNDIDA. - ¿Puede quedarse, James, si promete portarse bien y ayudarme a tender la mesa?

MORELL *(secamente).* - Oh, sí, por cierto; es preferible que se quede. *(Se dirige a la mesa y finge atarearse con los papeles.)*

MARCHBANKS *(ofreciendo el brazo a Cándida).* - Venga, tendamos la mesa. (Ella acepta el brazo y se encaminan juntos a la puerta. Al salir él agrega:) Soy el más feliz de los mortales.

MORELL. -También yo lo era... hace una hora.

FIN DEL ACTO I

ACTO II

El mismo día, por la tarde. El mismo cuarto. La silla para visitantes ha sido colocada junto a la mesa. Marchbanks, solo y ocioso, está tratando de descubrir cómo funciona la máquina de escribir. Oye que alguien se acerca a la puerta y se desliza con aire culpable hacia la ventana, ante la cual finge estar absorto en la contemplación del paisaje. Miss Garnett, llevando la libreta en que toma taquigráficamente las cartas que le dicta Morell, se sienta ante la máquina y se dispone a pasarlas en limpio, demasiado atareada como para advertir a Eugene. Al llegar a la segunda línea se interrumpe y contempla la máquina. Evidentemente algo funciona mal.

PROSERPINE. - ¡Caramba! Ha estado tocando mi máquina de escribir. Mr. Marchbanks, y es inútil que trate de fingir lo contrario.

MARCHBANKS *(tímidamente).* - Lo siento mucho, Miss Garnett. No hice más que intentar escribir. *(Quejumbroso.)* Pero no lo conseguí.

PROSERPINE. - Bueno, pues ha cambiado el espaciador.

MARCHBANKS *(sinceramente).* - Le aseguro que no. De veras. Sólo hice girar una ruedita. Y chasqueó. PROSERPINE. - Ah, ya entiendo. *(Arregla el espaciador, hablando volublemente al mismo tiempo.)* Seguramente se habrá creído que era una especie de organillo. Con sólo dar vueltas a una manivela saldría una hermosa carta de amor, ¿eh?

MARCHBANKS *(serio).* - Me imagino que es posible que una máquina escriba cartas de amor. Son todas iguales, ¿no es cierto?

PROSERPINE *(un tanto indignada, ya que cualquier discusión por el estilo, como no sea en tono de broma, está fuera de su código de ética).* - ¿Qué sé yo? ¿Por qué me lo pregunta?

MARCHBANKS. - Le ruego que me perdone. Me parecía que la gente inteligente -la

gente que sabe hacer negocios y escribir cartas y todas esas cosas- siempre tenía lances amorosos para no volverse loca.

PROSERPINE *(levantándose, ofendida).* - ¡Mr. Marchbanks! *(Lo mira severamente y se dirige con majestuosidad a la estantería de los libros.)*

MARCHBANKS *(acercándose humildemente a ella).* - Espero no haberla ofendido. Quizá no debería haberme referido a sus asuntos amorosos.

PROSERPINE *(tomando un libro azul del anaquel y volviéndose vivamente).* - No tengo tales asuntos amorosos. ¿Cómo se atreve a decir una cosa semejante? ¡Vaya una idea! *(Se pone el libro bajo el brazo y está por regresar, indignada, a su máquina de escribir, cuando*

él vuelve a hablarle con renovado interés y simpatía.)

MARCHBANKS. - ¿De veras? Ah, entonces es usted tímida, como yo.

PROSERPINE. -No soy nada tímida. ¿Qué quiere decir?

MARCHBANKS *(en secreto).* -Es preciso que lo sea. Ese es el motivo de que haya tan pocos lances amorosos en el mundo. Todos nosotros ansiamos amor. Es la primera necesidad de nuestra naturaleza, la primera oración

de nuestro corazón. Pero no nos atrevemos a expresar nuestros anhelos; somos demasiado tímidos. *(Con profunda sinceridad.)* ¡Ah, Miss Garnett, qué no daría usted para no tener miedo, para no tener vergüenza... !

PROSERPINE *(escandalizada).* - ¡Por Dios!

MARCHBANKS *(con impaciencia y enojo).* - Ah, no me diga esas estupideces. No me engañan. ¿De qué sirven? ¿Por qué tiene miedo de ser franca conmigo? Soy como usted.

PROSERPINE. - ¡Como yo! Dígame, ¿me está halagando a mí o a usted mismo? No

estoy muy segura. *(Intenta otra vez volver a su trabajo.)*

MARCHBANKS *(deteniéndola misteriosamente).* - ¡Shh! Voy en busca del amor. Y lo encuentro en inconmensurable abundancia en el pecho de los demás. Pero, cuando trato de pedirlo, me asalta esa horrible timidez. Y me quedo mudo, o peor, diciendo cosas sin sentido, mentiras tontas. Y veo que el afecto que ansío es entregado a los perros, a los gatos, a los pájaros de la casa, porque ellos lo piden. *(Casi susurrando.)* Es necesario solicitarlo. Es como un fantasma. No puede hablar a menos que se le hable. *(Con su tono normal, pero con profunda melancolía.)* Todo el amor del mundo tiene deseos de hablar, pero no se atreve. ¡Porque es tímido, tímido! Esa es la tragedia del mundo. *(Con un profundo suspiro se sienta en la silla de las visitas y oculta el rostro entre las manos.)*

PROSERPINE *(asombrada, pero conservando la calma, el pundonor de que hace gala ante los jóvenes extraños).* -Las personas perversas superan a menudo esa timidez, ¿no es cierto?

MARCHBANKS *(levantándose casi con ferocidad).* Las personas perversas son las que no tienen amor. Y por lo tanto no tienen vergüenza. Les es posible pedir amor porque no lo necesitan. Y pueden ofrecerlo porque no lo tienen. (*Se deja caer en el asiento y añade melancó licamente:)* Pero nosotros, los que tenemos amor y ansiamos mezclarlo al de los demás, nosotros no podemos pronunciar una sola palabra. *(Tímidamente.)* Se ha dado cuenta de ello, ¿no?

PROSERPINE. - Vea, si no deja de hablar de estas cosas me iré de la habitación, Mr. Marchbanks, se lo aseguro. No es correcto.

Se sienta una vez más ante la máquina de escribir, abre el libro azul y se apresta a copiar un párrafo del mismo.

MARCHBANKS *(desolado).* - Nada que valga la pena de ser dicho es correcto. *(Se pone de pie y vaga por el cuarto.)* No la entiendo, Miss Garnett. ¿De qué quiere que hable?

PROSERPINE *(ásperamente).* - Hable de cosas indiferentes. Hable del tiempo.

MARCHBANKS. - ¿Hablaría usted de cosas indiferentes si tuviera a su lado a un chiquillo hambriento, llorando amargamente?

PROSERPINE. - Supongo que no.

MARCHBANKS. -Bueno. Y yo no puedo hablar de cosas indiferentes cuando mi corazón llora de necesidad.

PROSERPINE. -Entonces cállese.

MARCHBANKS. - Sí, a eso se llega siempre. Nos callamos. ¿Acalla eso el llanto de nuestro corazón? Porque llora, ¿no es así? Si usted tiene un corazón, es necesario que llore.

PROSERPINE *(poniéndose súbitamente de pie, con la mano oprimida contra el pecho).* - Oh, es inútil querer trabajar mientras usted siga hablando así. *(Se sienta en el sofá. Sus sentimientos están intensamente conmovidos.)* No es cosa suya el que mi corazón llore o no, pero tengo ganas de decírselo, a pesar de todo.

MARCHBANKS. -No es necesario. Ya sé que es así como le digo.

PROSERPINE. -Pero tenga en cuenta que si alguna vez revela que yo lo dije, lo negaré.

MARCHBANKS *(compasivo).* - Sí, ya sé. ¿Y no tiene valor para decírselo?

PROSERPINE *(con un brinco).* - ¿Decírselo? ¿A quién?

MARCHBANKS. - A quien sea. Al hombre que ama. Puede ser cualquiera. El cura Mr. Mill, por ejemplo.

PROSERPINE *(desdeñosa*). - ¡Mr. Mill! ¡Un magnífico ejemplar para destrozarme el

Librodot

corazón, en verdad! Lo preferiría a usted antes que a Mr. Mill.

MARCHBANKS *(retrocediendo).* - No, de veras ... Lo siento mucho, pero no piense en eso. Yo...

PROSERPINE *(quisquillosa, acercándose al hogar y poniéndose de espaldas al fuego).* - Oh, no se asuste. No se trata de usted. No se trata de ninguna persona en especial.

MARCHBANKS. - Lo sé. Siente que podría enamorarse de cualquier persona que se ofreciera...

PROSERPINE *(volviéndose, exasperada).* - ¡Cualquiera que se ofreciera! No, nada de eso. ¿Por quién me toma?

MARCHBANKS *(desalentado).* - Es inútil. No quiere darme verdaderas respuestas; no me dice más que las cosas que dice todo el mundo. *(Se encamina hacia el sofá y se sienta, desconsolado.)*

PROSERPINE *(irritada por lo que considera un desprecio de sus modales por un aristócrata).* - Bah, si quiere conversaciones originales, será mejor que hable consigo mismo.

MARCHBANKS. - Eso es lo que hacen todos los poetas: hablar consigo en voz alta. Y el mundo los oye. Pero resulta terriblemente solitario no escuchar a alguien de vez en cuando.

PROSERPINE. - Espera a que venga Mr. Morell. El le hablará. (Marchbanks se estremece.) No es necesario que haga muecas; él habla mejor que usted. (Con ardor.) Lo dejará de una pieza con su conversación. *(Regresa airadamente a su sitio cuando él, repentinamente iluminado, se levanta de un salto y la detiene.)*

MARCHBANKS. - ¡Ah, por fin entiendo!

PROSERPINE *(ruborizándose).* - ¿Qué entiende?

MARCHBANKS. - Su secreto. Dígame, ¿es verdaderamente posible que una mujer lo ame?

PROSERPINE *(como si eso fuese el colmo).* - ¡Oh... !

MARCHBANKS *(apasionadamente).* - No, contésteme. Quiero saberlo; debo saberlo. Yo no puedo entenderlo. No veo en él más que palabras, resoluciones piadosas, lo que la gente llama bondad. Pero es imposible amar todo eso.

PROSERPINE *(tratando de desairarlo con una expresión de fría corrección).* - Sencillamente no sé de qué está hablando. No lo entiendo.

MARCHBANKS (con vehemencia). - Sí que me entiende. Miente.

PROSERPINE. - ¡Oh!

MARCHBANKS. -Entiende. Y sabe. (Decidido a obtener una respuesta.) ¿Es posible que una mujer lo ame?

PROSERPINE *(mirándolo rectamente a los ojos*). - Sí. *(El se cubre el rostro con las manos.)* ¿Qué le ocurre? *(El joven baja las manos. Aterrorizada ante la máscara trágica que puede ver, Proserpine se aleja presurosamente de él, mirándolo continuamente, hasta que él se vuelve y se sienta en la sillita que está ante la chimenea, con un aspecto de profundo desaliento. Cuando Proserpine se acerca a la puerta, ésta se abre y entra Burgess. Al verlo, ella exclama:)* ¡Gracias al cielo que viene alguien! y se siente entonces lo suficientemente segura como para volver a sentarse en su puesto. Pone una nueva hoja de papel en la máquina, en tanto que Burgess se dirige a Eugene.

BURGESS *(decidido a cuidar al distinguido visitante).*-De modo que lo han dejado solo, Mr. Marchbanks. He venido a hacerle compañía. *(Eugene lo mira con consternación, que*

el otro no advierte.) James está con una delegación en el comedor y Candy está arriba, educando a una joven costurera por la que se interesa. *(Condolido.)* Debe encontrar muy aburrido esto, no teniendo más que a la dactilógrafa para hablar. *(Acerca el sillón y se sienta.)*

PROSERPINE *(intensamente encolerizada*). - Pero ya se sentirá bien ahora que puede gozar de los beneficios de la elegante conversación de usted. Es un consuelo. *(Comienza a escribir en la máquina con ruidosa aspereza.)*

BURGESS *(asombrado por la audacia).* - No me dirigía a usted, joven, que yo sepa.

PROSERPINE. - ¿Vio usted alguna vez peores modales, Mr. Marchbanks?

BURGESS *(con pomposa severidad).* - Mr. Marchbanks es un caballero y sabe cuál es su lugar, cosa que no sucede con muchas personas.

PROSERPINE *(enojadiza).* - Por suerte usted y yo no somos damas y caballeros. Ya le diría unas frescas si Mr. Marchbanks no estuviese aquí. *(Saca tan enérgicamente la carta de la máquina que la rasga.)* ¡Bueno, ahora he arruinado esta carta y tendré que hacerla de nuevo! ¡Ah, no puedo dominarme, viejo idiota!

BURGESS *(poniéndose de pie, sin aliento por efecto de la indignación).* - ¡Ah! Soy un viejo idiota, ¿eh? ¡Ah, bien! *(ladeando.)* ¡Muy bien, jovencita! Muy bien. Espere hasta que se lo diga a su empleador. Ya veremos. £1 le enseñará educación. Ya verá si no.

PROSERPINE *(consciente de haber ido demasiado lejos).* - Yo. . .

BURGESS *(interrumpiéndola).* - No, ya está hecho. Es inútil tratar de convencerme. Ya le mostraré quién soy. *(Proserpine mueve el carro de la máquina con un estrépito desafiante y, desdeñosamente, continúa con su trabajo.)* No le haga caso, Mr. Marchbanks. Está por debajo de nosotros. (Vuelve a sentarse altivamente.)

Librodot

MARCHBANKS *(nervioso y desconcertado*). - ¿No sería mejor que cambiáramos de tema? Yo... no creo que Miss Garnett lo dijera en serio.

PROSERPINE *(con intensa convicción).* - ¡Ah, no!,¿eh?

BURGESS. -Yo que usted no me rebajaría a hacerle caso.

Una campanilla eléctrica suena dos veces.

PROSERPINE *(tomando su anotador y los papeles).* - Es para mí. *(Sale presurosamente.)*

BURGESS *(gritando).* - ¡Oh, podemos arreglarnos sin su presencia. *(Un tanto aliviado por el triunfo de haber pronunciado la última palabra y, sin embargo, con tentaciones de aumentar la ventaja, la sigue por un momento con la mirada. Luego se sienta en su sillón, junto a Eugenio, y se dirige a éste confidencialmente.)* Y ahora que estamos solos, Mr. Marchbanks, permítame que le dé una información amistosa que no le daría a cualquiera. ¿Cuánto hace que conoce a mi yerno?

MARCHBANKS. -No sé. Nunca puedo recordar fechas. Me parece que unos meses.

BURGESS. - ¿Notó alguna vez algo extraño en él?

MARCHBANKS. -No lo creo.

BURGESS *(impresionante).* - Porque no habrá prestado atención. Ese es el peligro. Bien, él está loco.

MARCHBANKS. - ¡Loco!

BURGESS. - De atar. Obsérvelo con atención y lo verá.

MARCHBANKS *(inquieto).* - Pero seguramente será porque sus opiniones...

BURGESS *(tocándole la rodilla con el índice y apretando para retener su atención).* - Eso es lo mismo que yo solía pensar, Mr. Marchbanks. Durante mucho tiempo creí que se trataba solamente de sus opiniones. Pero tenga en cuenta que sus opiniones son cosas

sumamente serias cuando la gente "actua" en base a ellas, como lo hace él. Pero no es eso lo que quería decirle. *(Lanza una mirada en torno, para cerciorarse de que están solos y se inclina hacia Eugene.)* ¿Qué le parece que me dijo esta mañana, en este mismo cuarto?

MARCHBANKS. - ¿Qué?

BURGESS. - Me dice -tan cierto como que ahora estoy aquí-, me dice: "Yo soy un tonto", me dice. "Y tú eres un pillastre." ¡Fíjese, yo un pillastre! ¡Y entonces me da la mano, como si ser pillastre fuese un honor! ¿Y usted quiere decirme que ese hombre está cuerdo?

MORELL *(afuera, llamando a Proserpine mientras abre la puerta).* -Anote los nombres y direcciones de todos, Miss Garnett.

PROSERPINE *(a la distancia).* -Sí, Mr. Morell. Entra Morell, con los documentos de la delegación en la mano.

BURGESS *(aparte, a Marchbanks).* -Aquí lo tiene. Obsérvelo con atención y lo verá. *(Poniéndose de pie con aire de importancia.)* Lo siento, James, pero tengo que presentarte una queja. No querría hacerlo, pero me doy cuenta de que es necesario, como cuestión de derecho y de deber.

MORELL. - ¿Que ocurre?

BURGESS. - Mr. Marchbanks no me dejará mentir; fue testigo. *(Solemnemente.)* Tu jovencita me ha faltado al respecto; me llamó viejo idiota.

MORELL *(con tremenda sinceridad).* - ¡Oh, vaya, eso es muy de Prossy! ¡Es tan franca; no sabe contenerse! ¡Pobre Prossy! ¡Ja, ja!

BURGESS *(estremeciéndose de cólera).* -¿Y esperas que yo tolere cosas de gente como ella?

MORELL. - ¡Bah, tonterías! Pásela por alto. No tiene importancia. *(Se dirige al armario de los vasos y guarda los papeles en uno de los cajones.)*

BURGESS. - Bah, no me molesta. Estoy por encima de eso. Pero, ¿es "correto"? Eso es lo que quiero saber. ¿Es "correto"?

MORELL. - Eso es cuestión que debe resolver la Iglesia y no los legos. ¿Le ha hecho algún daño? Eso es lo que debe preguntarse, ¿no es cierto? No hay duda alguna que no se lo ha hecho. Olvídese, pues, del asunto. *(Da por terminado el incidente, se sienta en su lugar, ante la mesa, y comienza a trabajar con su correspondencia.)*

BURGESS *(aparte, a Marchbanks).* - ¿Que le dije? Loco de atar. *(Se aproxima a la mesa y pregunta, con la enfermiza cortesía de un hambriento.)* ¿A que hora es la comida, James?

MORELL. -Faltan todavía un par de horas.

BURGESS *(con quejumbrosa resignación).* -Dame un buen libro para leer junto al fuego, James, ten la bondad.

MORELL. -¿Que clase de libro? ¿Uno serio?

BURGESS *(casi con un grito de protesta).* - ¡Noo! Algo agradable, para matar el rato. *(Morell toma un periódico ilustrado de la mesa y se lo tiende. Burgess lo acepta humildemente.)* Gracias, James. *(Regresa al sillón, frente al hogar, se sienta a sus anchas y se pone a leer.)*

MORELL *(mientras escribe).* - Cándida bajará en seguida a hacerles compañía. Acaba de despedir a la alumna. Está poniendo combustible en las lámparas.

MARCHBANKS *(sobresaltándose, terriblemente consternado).* - ¡Pero se ensuciará las manos! No puedo tolerarlo, Morell, es una vergüenza. Lo haré yo. *(Se dirige a la puerta.)*

MORELL. - Será mejor que no lo haga. (Marchbanks se detiene, indeciso.) Le pondría a lustrarme los zapatos, para evitarme la molestia de hacerlo yo por la mañana.

BURGESS *(con grave desaprobación).* - ¿Acaso no tienes una criada, James?

MORELL. -Sí, pero no es una esclava. Y la casa está como si tuviese tres criadas en vez de una. Eso significa que todos tienen que dar una mano. Y no es mala idea. Prossy y yo podemos hablar del trabajo, después del desayuno, mientras lavamos los platos. Y eso no resulta tan penoso cuando lo hacen dos personas.

MARCHBANKS *(atormentado).* - ¿Le parece que todas las mujeres son tan rústicas como Miss Garnett?

BURGESS *(enfático*). -Muy cierto, Mr. Marchbanks, muy cierto. Es rústica.

MORELL *(tranquila y significativamente).* - ¡Marchbanks!

MARCHBANKS. - ¿Sí?

MORELL. - ¿Cuántos criados tiene su padre?

MARCHBANKS *(ásperamente*). - Oh, no sé. *(Se encamina hacia el sofá, como para alejarse lo más posible del interrogatorio de Morell, y se sienta con gran desasosiego, pensando en el combustible de las lámparas.)*

MORELL *(con solemnidad).* - ¡Tantos que usted no lo sabe. *(Con más agresividad.)* Cuando hay necesidad de hacer algo rústico, toca el timbre y se lo encomienda a un sirviente, ¿no es cierto?

MARCHBANKS. -No me torture. Usted ni siquiera toca el timbre. Pero los hermosos dedos de su esposa estarán ahora manchados de kerosene mientras usted permanece cómodamente sentado, endilgándonos un sermón. ¡Esos eternos sermones y sermones...! ¡Palabras, palabras, palabras!

BURGESS *(apreciando altamente la réplica).* - ¡Muy bien, muy bien! ¡"Manífico' ! *(Radiante.)* Te ha aplastado, James.

Entra Cándida, con un delantal, trayendo una lámpara con la mecha recortada, llena de combustible y lista para ser encendida. La coloca sobre la mesa, cerca de Morell, para que la use cuando lo crea conveniente.

CÁNDIDA *(frotándose los dedos, con un leve fruncimiento de la nariz).* - Si se queda con nosotros, Eugene, me parece que le encargaré el cuidado de las lámparas.

MARCHBANKS. -Me quedaré, con la condición de que me deje todas las tareas pesadas.

CÁNDIDA. - Eso es muy valiente, pero me parece que primeramente me gustaría ver cómo lo hace. *(Volviéndose a Morell.)* James, no has cuidado la casa a conciencia.

MORELL. - ¿Qué hice -o dejé de hacer-, querida?

CÁNDIDA *(seriamente ofendida).* -Mi mejor y más mimado cepillo de fregar ha sido usado para lustrar calzado. *(Marchbanks lanza un quejido desgarrador. Burgess lo mira, asombrado. Cándida corre hacia el sofá.)* ¿Qué ocurre? ¿Está enfermo, Eugene?

MARCHBANKS. - No, no estoy enfermo. ¡Solamente horrorizado, lleno de náuseas! *(Deja caer la cabeza entre las manos.)*

BURGESS *(escandalizado).* - ¿Qué? ¿Náuseas, Mr. Marchbanks? ¿A su edad? Entonces tendrá que dejar la bebida, gradualmente, por supuesto.

CÁNDIDA *(tranquilizada).* - ¡No digas tonterías, papá! No se trata más que de náuseas poéticas, ¿no es cierto, Eugene? *(Lo acaricia.)*

BURGESS *(corrido).* - ¿Náuseas poéticas? Perdone. *(Se vuelve nuevamente hacia el fuego, deplorando su precipitación.)*

CÁNDIDA. - ¿De qué se trata, Eugene? ¿El cepillo? *(Él se estremece.)* ¡Bueno, bueno,

Librodot

no importa! (Se sienta junto a él.) ¿No le agradaría regalarme uno nuevo, con mango de marfil e incrustaciones de nácar.

MARCHBANKS *(dulce y musicalmente, pero con tristeza).* -No, un cepillo no. Una lancha. Una pequeña chalupa para alejarse del mundo, para llegar a un lugar donde los pisos de mármol son lavados por la lluvia y secados por el sol, donde los vientos del sur limpian las hermosas alfombras verdes y purpúreas. ¡O una carroza! Una carroza que nos lleve al cielo, donde las lámparas son las estrellas y no deben ser llenadas de kerosene todos los días.

MORELL *(secamente).* - Y donde sólo se necesita ser ocioso, egoísta e inútil.

CÁNDIDA *(irritada).* - Oh, James! ¿Por qué lo arruinaste?

MARCHBANKS *(enardecido).* - Sí, ser ocioso, egoísta e inútil. Es decir, ser hermoso, libre y feliz. ¿Acaso todos los hombres no han deseado eso para la mujer de su corazón? Ese es mi ideal. ¿Cuál es el suyo y el de todos esos espantosos seres que viven en estas repugnantes hileras de casas? ¡Sermones y cepillos! Usted es el que hace los sermones y su esposa la que friega.

CÁNDIDA *(graciosamente).* - El lustra los zapatos, Eugene. Y ahora, por haberle dicho eso, mañana tendrá que lustrarlos usted.

MARCHBANKS. - ¡Ah, no hable de sus zapatos! Sus pies serían hermosos en las montañas.

CÁNDIDA. - Mis pies no serían hermosos descalzos, en Hackney Road.

BURGESS *(escandalizado).* - ¡Vamos, Candy! No seas vulgar. Mr. Marchbanks no está acostumbrado a ello. Vuelves a producirle náuseas. Quiero decir, las poéticas.

Morell guarda silencio. Aparentemente está atareado con las cartas. En realidad piensa

con recelo en esa nueva y alarmante experiencia en que, cuanto más seguro está de sus estocadas moralistas, tanto más rápida y efectivamente las para Eugene. Y le preocupa amargamente el descubrir en sí los comienzos de un temor hacia un hombre a quien no respeta.

Entra Miss Garnett con un telegrama.

PROSERPINE *(entregando el telegrama a Morell).* - Respuesta pagada. El mensajero aguarda. *(A Cándida, mientras se sienta ante su máquina de escribir.)* María la espera en la cocina, señora Morell. *(Cándida se pone de pie.)* Han llegado las cebollas.

MARCHBANKS *(convulsivo).* - ¡Cebollas!

CÁNDIDA. - Sí, cebollas. Y ni siquiera cebollas españolas, sino feas cebollitas rojas. Me ayudará a mondarlas. Venga.

Lo toma de la mano y sale corriendo, arrastrándolo tras de sí. Burgess se pone de pie, consternado, y permanece espantado ante el fuego, mirándolos con los ojos muy abiertos.

BURGESS. - Candy no debería tratar de ese modo al sobrino de un conde. Eso es llevar las cosas demasiado lejos. Oye, James, ¿siempre habla de ese modo tan raro?

MORELL *(secamente, escribiendo un telegrama).* - No sé.

BURGESS *(sentimental).* -Habla hermosamente. Yo siempre tuve inclinaciones por la poesía. Y Candy se parece a mí en eso. Solía obligarme a que le narrara cuentos de hadas cuando era una chiquilla así de alta. *(Indica con la mano una estatura de unos sesenta centímetros.)*

MORELL *(preocupado).* - Ah, ¿de veras? *(Seca el telegrama y sale.)*

PROSERPINE. - ¿Y usted mismo inventaba los cuentos?

Burgess, sin dignarse responder, adopta una actitud del más altanero desprecio.

PROSERPINE *(con calma).* -Nunca habría supuesto que tuviese ese talento. De paso, será mejor que le advierta, ya que le ha tomado tanto cariño a Mr. Marchbanks. ¡Está loco!

BURGESS. - ¿Qué? ¿Loco? ¿El también?

PROSERPINE. -De remate. Le aseguro que antes de que usted entrara me tenía aterrorizada. ¿No se dio cuenta de las cosas raras que dice?

BURGESS. - De modo que esas son las náuseas poéticas, ¿eh? ¡Ya me parecía! ¡Una o dos veces se me ocurrió que estaba un poco chiflado! *(Cruza el cuarto en dirección a la puerta, alzando la voz al salir.)* ¡Bonito manicomio es éste, sin nadie que lo cuide a uno aparte de usted!

PROSERPINE *(cuando Burgess pasa junto a ella).* -¡Sí, qué terrible sería que le sucediese algo... !

BURGESS *(majestuoso).* -No me dirija observaciones. Diga a su empleador que he salido al jardín a fumar.

PROSERPINE *(burlona).* - ¡Oh!

Morell vuelve antes de que Burgess tenga tiempo para replicar.

BURGESS *(sentimentalmente).* - Salgo al jardín para fumar un poco, James.

MORELL *(bruscamente).* - Oh, bueno, bueno. *(Burgess sale con aire patético, en el papel de un anciano fatigado. Morell permanece de pie ante la mesa, hojeando sus papeles. Luego, hablando a Proserpina, entre divertido y distraído, agrega:)* Bueno, Miss Prossy, ¿por qué ha estado insultando a mi suegro?

PROSERPINE *(ruborizándose intensamente y levantando rápidamente la mirada,*

temerosa y censurarte a la vez). -Yo... *(Estalla en sollozos.)*

MORELL (con alegría tierna, inclinándose sobre la mesa hacia ella y consolándola). - ¡Oh, bueno, bueno, bueno! No importa, Pross. En verdad es un viejo idiota, ¿no es cierto?

Con un sollozo explosivo, ella corre hacia la puerta y desaparece, dando un portazo. Morell, meneando resignadamente la cabeza, suspira y se acerca, cansado, a su silla. Se sienta para seguir trabajando, con aspecto envejecido y agobiado por las preocupaciones.

Entra Cándida. Concluido su trabajo doméstico, se ha quitado el delantal. Advierte inmediatamente el desaliento de su esposo y se sienta silenciosamente en la silla de los visitantes. Lo mira atentamente sin pronunciar palabra.

MORELL *(levantando la vista pero con la pluma preparada para continuar trabajando).* - ¿Bien? ¿Donde está Eugene?

CÁNDIDA. - Lavándose las manos en el grifo de la cocina. Llegará a ser un excelente cocinero si logra sobreponerse al temor que le produce María.

MORELL *(brevemente).* - ¡Ah! Sin duda. *(Sigue escribiendo.)*

CÁNDIDA *(acercándose y posando suavemente su mano sobre la de él).* - A ver, querido, deja que te mire. *(El deja caer la pluma y obedece. Ella lo obliga a ponerse de pie y lo aparta de la mesa, en tanto que lo observa detenidamente.)* Vuelve el rostro hacia la luz. *(Le pone de frente a la ventana.)* Mi niño no tiene buen aspecto. ¿Ha estado trabajando demasiado?

MORELL. -No más que de costumbre.

CÁNDIDA. -Está palidísimo, gris, arrugado, envejecido. *(La melancolía de Morell se acentúa y ella la ataca con alegría intencionada.)* Ven. *(Le arrastra hacia el sillón.*) Ya

has escrito bastante por hoy. Deja que Prossy termine el trabajo. Conversaremos.

MORELL. - Pero...

CÁNDIDA *(insistiendo).* -Nada, conversaremos. *(Le hace sentarse en el sillón y se sienta a su vez en la alfombra, junto a las rodillas del hombre. Le palmea la mano.)* Ya se te ve un poco mejor. ¿Por qué tienes que salir todas las noches, para dar conferencias y charlas? Apenas dispongo de un día por semana para estar contigo. Es claro que todo lo que dices es muy cierto, pero no sirve de nada. No les importa un comino de lo que les hablas. Creen estar de acuerdo contigo, pero, ¿de qué sirve que estén de acuerdo si en cuanto vuelves las espaldas hacen exactamente lo contrario de lo que les dices? ¡Ahí tienes, por ejemplo, tus feligreses de St. Dominic! ¿Por qué vienen todos los domingos a oírte hablar del cristianismo? ¡Porque han estado tan atareados durante seis días, haciendo negocios y ganando dinero, que quieren olvidarse de todo ello y descansar el séptimo, para poder volver, renovados, a ganar más dinero que nunca! Y tú colaboras con ellos en lugar de impedírselo.

MORELL *(serio y enérgico).* -Sabes perfectamente, Cándida, que a menudo les censuro enérgicamente por eso. Y si en la concurrencia de esa gente a la iglesia no hay más que descanso y diversión, ¿por qué no buscan algo más divertido, más fácil? Debe de haber algo de bueno en el hecho de que los domingos prefieran la iglesia y no otros lugares peores.

CÁNDIDA. - Los lugares peores no están abiertos. Y, aun cuando lo estuvieran, no se atreven a que les vean entrar en ellos. ¿Por qué te parece que las mujeres son tan entusiastas de la religión?

MORELL *(horrorizado*). - ¡Cándida!

CÁNDIDA. - ¡Oh, yo lo sé! Tú crees que es por tu socialismo y tu cristianismo. Pero, en ese caso, harían lo que les dices en lugar de concurrir solamente para verte. Están todas enfermas de la dolencia de Prossy.

MORELL. - ¡La dolencia de Prossy! ¿Qué quieres decir, Cándida?

CÁNDIDA. - Sí, la de Prossy y la de todas las secretarias que tuviste hasta ahora. ¿Por qué condesciende Prossy a lavar los platos, a mondar las patatas y a rebajarse en todas las formas imaginables por seis chelines semanales, menos de lo que ganaba en una oficina de la ciudad? Está enamorada de ti, James. Ese es el motivo. Todas están enamoradas de ti. Y tú estás enamorado de tus sermones porque lo haces tan hermosamente. Y crees que todo ello es entusiasmo por el reino de los Cielos en la tierra. Y ellas también. ¡Mi querido tontito!

MORELL. - ¡Cándida, qué cinismo espantoso, destructor de almas! ¿Estás bromeando? O... ¿Será posible? ¿Estás celosa?

CÁNDIDA *(curiosamente pensativa).* - Sí, a veces me siento un poco celosa.

MORELL *(incrédulo).* - ¿De Prossy?

CÁNDIDA *(riendo).* -No, no, no, no. No celosa de nadie. Celosa por alguien, que no es amado como se lo merece.

MORELL. - ¿Yo?

CÁNDIDA. - ¡Tú! Tú tienes amor y adoración en exceso, más de lo que te conviene. No, me refiero a Eugene.

MORELL *(sobresaltado).* - ¡Eugene!

CÁNDIDA-Me Me parece injusto que todo el amor se concentre en ti y no quede nada para él, sabiendo que lo necesita más que tú. *(Un movimiento convulsivo sacude a Morell*

a pesar suyo.) ¿Qué te ocurre? ¿Te molesto?

MORELL *(rápidamente).* -En absoluto. *(Mirándola con intensidad preocupada.)* Sabes que tengo perfecta confianza en ti, Cándida.

CÁNDIDA. - ¡Vanidoso! ¿Estás tan seguro de tus irresistibles atractivos?

MORELL. - Cándida, me insultas. Nunca se me ocurrió pensar en mis atractivos. Pienso en tu bondad, en tu pureza. En eso tengo confianza.

CÁNDIDA. - ¡Qué cosas tan penosas y feas me dices... ! ¡Ay, eres un sacerdote, James, un sacerdote completo!

MORELL *(apartándose de ella, acongojado*). - Eso es lo que dice Eugene.

CÁNDIDA *(con vivo interés, inclinándose sobre él, con el brazo apoyado en sus rodillas).* - Eugene siempre tiene razón. Es un muchacho magnífico. En el tiempo que estuve ausente ha crecido mi cariño por él. ¿Sabes, James, que aunque no tiene la más mínima sospecha de ello, está a punto de enamorarse perdidamente de mí?

MORELL *(torvamente).* - Oh, no tiene la más mínima sospecha, ¿eh?

CÁNDIDA. -Ni la más pequeña. *(Saca el brazo de sobre las rodillas de Morell y se vuelve, pensativa, acomodándose en una actitud más descansada, con las manos sobre el regazo.)* Algún día lo sabrá. Cuando haya crecido y tenga experiencia, como tú. Y sabrá que yo debo haberme dado cuenta. Y quién sabe qué pensará de mí entonces.

MORELL. - Nada malo, Cándida. Espero y confío que no pensará nada malo.

CÁNDIDA *(con tono de duda).* -Eso dependerá.

MORELL *(azorado).* -¿Cómo dependerá?

CÁNDIDA *(mirándolo).* -Sí, dependerá de lo que le suceda. *(El la observa sin comprender.)* ¿No entiendes? Dependerá de cómo aprenda lo que verdaderamente es el

amor. Quiero decir, de la mujer que se lo enseñe.

MORELL *(completamente a oscuras).* - Sí. No. No sé a qué te refieres.

CÁNDIDA *(explicando).* - Si lo aprende de una mujer buena, entonces todo irá bien. Me perdonará.

MORELL. - ¿Que él te perdonará?

CÁNDIDA. - Pero suponte que lo aprende de una mujer mala, como sucede con tantos hombres, y especialmente con los poetas, que creen que todas las mujeres son ángeles. Suponte que solamente descubra el verdadero valor del amor cuando lo ha dejado a un lado, después de haberse degradado en su ignorancia. ¿Me perdonará entonces?

MORELL. - ¿Perdonarte por qué?

CÁNDIDA *(advirtiendo cuán estúpido es y un tanto desanimada, aunque siempre tierna).* - ¿No comprendes? *(El menea la cabeza. Ella lo mira otra vez, como para explicarle con la intimidad más cariñosa.)* Quiero decir, ¿me perdonará por no haberle enseñado yo misma? ¿Por abandonarle a las mujeres malas sólo para proteger mi bondad, mi pureza, como tú la llamas? ¡Ah, James, qué poco me entiendes si hablas de tu confianza en mi bondad y en mi pureza! Se las daría ambas, gustosamente, a Eugene, como le daría mi rebozo a un mendigo muerto de frío, si no hubiese nada que me lo impidiera. Deposita tu confianza en mi amor hacia ti, James. Porque si eso desaparece me importarán muy poco tus sermones, simples frases con que te engañas a ti mismo y a los demás todos los días. *(Está a punto de levantarse).*

MORELL. - ¡Las palabras de él!

CÁNDIDA *(interrumpiendo rápidamente el movimiento).* - ¿De quién?

MORELL. -De Eugene.

CÁNDIDA *(alborozada).* - Siempre tiene razón. Te entiende a ti, me entiende a mí, entiende a Prossy... Y tú, querido, tú no entiendes nada. *(Ríe y lo besa para consolarlo. l retrocede, como herido, y se pone en pie de un brinco.)*

MORELL. - ¿Cómo puedes hacer eso cuando... ? ¡Oh, Cándida! *(Con angustia en la voz.)* Habría preferido que me hundieras un arpón en el pecho a que me besaras.

CÁNDIDA *(anonadada).* - Pero querido, ¿qué es lo que sucede?

MORELL (apartándola frenéticamente). - No me toques.

CÁNDIDA. - ¡¡James...!!

Son interrumpidos por la entrada de Marchbanks y Burgess, que se detienen en la puerta, contemplando perplejos la escena.

MARCHBANKS. - ¿Ocurre algo?

MORELL *(mortalmente pálido, dominándose férreamente).* - Nada más que esto: o usted estaba en lo cierto esta mañana o Cándida está loca.

BURGESS *(en airada protesta).* - ¿Qué? ¿También Candy? ¡Vaya, vaya! *(Cruza la habitación en dirección al hogar, protestando mientras tanto, y golpea su pipa contra las barras para sacarle las cenizas.)*

Morell se sienta ante la mesa, desesperado, inclinándose hacia adelante para ocultar el rostro y entrelazando fuertemente los dedos para impedirles que tiemblen.

CÁNDIDA *(a Morell, tranquilizada y riendo).* - ¡Ah, sólo estás escandalizado! ¿Eso es todo? ¡Cuán convencionales son ustedes, la gente carente de prejuicios! *(Se sienta alegremente en el brazo del sillón.)*

BURGESS. - Vamos, pórtate bien, Candy. ¿Qué pensará Mr. Marchbanks?

CÁNDIDA. -Esto es el producto de que James me haya enseñado a pensar por mí misma

Librodot

y a no callarme jamás por lo que otras personas puedan pensar de mí. Todo va bien mientras piense las mismas cosas que él. ¡Pero ahora... ! ¡Porque he pensado algo distinto... ! ¡Míralo! ¡Míralo un poco! *(Señala a Morell, grandemente divertida.)*

Eugene mira e instantáneamente se lleva la mano al corazón, como atenaceado por un profundo dolor. Se sienta en el sofá como quien fuera testigo de una gran tragedia.

BURGESS *(frente al fuego).* - ¡Bien, James, te aseguro que no estás tan impresionante como de costumbre!

MORELL *(con una risa que es casi un sollozo).* –Es posible. Les ruego que me perdonen. No advertí que podía molestarlos. *(Dominándose.)* ¡Bueno, bueno, bueno! (*Se dispone nuevamente a trabajar con resuelta alegría.)*

CÁNDIDA *(sentándose en el sofá, junto a Marchbanks, siempre con humorismo zumbón).* -Y bien, Eugene, ¿por qué está tan triste? ¿Le hicieron llorar las cebollas?

MARCHBANKS *(aparte, a ella).* -No, su crueldad. Odio la crueldad. Es una cosa horrible el que una persona haga sufrir a otra.

CÁNDIDA *(acariciándolo irónicamente).* - ¡Pobre niño! ¿He sido muy cruel? ¿Le obligué a cortar las repugnantes cebollitas rojas?

MARCHBANKS *(sinceramente).* - ¡Oh, basta, basta! No hablo de mí. Le ha hecho sufrir espantosamente a él. Siento su dolor en mi propio corazón. Ya sé que no es culpa de usted, sino algo que debe ocurrir. Pero no se burle de ello. Me estremezco cuando lo tortura y se ríe.

CÁNDIDA *(incrédula).* - ¿Que yo torturo a James? ¡Tonterías, Eugene, cómo exagera! ¡Tonto! *(Se pone de pie y se dirige a la mesa, un poco preocupada.)* No trabajes más, querido. Ven a conversar con nosotros.

MORELL *(afectuosa pero amargamente).* - Ah, no. Yo no sé conversar. No sé más que predicar.

CÁNDIDA *(acariciándole la mano).* - Bueno, ven y predica.

BURGESS *(censurando severamente).* - Oh, no, Candy. ¡Déjate de esas cosas!

Entra Lexy Mill, ansioso e importante.

LEXY *(apresurándose a dar la mano a Cándida).* - ¿Cómo le va, señora Morell? Me alegro de verla de regreso.

CÁNDIDA. - Gracias, Lexy. Conoce a Eugene, ¿verdad?

LEXY. - Oh, sí. ¿Cómo le va, Marchbanks?

MARCHBANKS. -Perfectamente, gracias.

LEXY *(a Morell).* - Acabo de llegar de la Corporación de San Mateo. Están profundamente consternados por su telegrama.

CÁNDIDA. - ¿Qué les telegrafiaste, James?

LEXY *(a Cándida).* -Tenía que hacer una conferencia para ellos esta noche. Alquilaron el salón de la calle Mare y gastaron una cantidad de dinero en carteles. El telegrama de Morell les anuncia que no podrá ir. Les cayó encima como un rayo.

CÁNDIDA *(sorprendida y comenzando a sospechar que algo anda mal).* - ¿Que rompió un compromiso para una conferencia?

BURGESS. - Apostaría a que es la primera vez en su vida. ¿No es cierto, Candy?

LEXY *(a Morell.).*- Decidieron enviarle un telegrama urgente, preguntándole si no sería posible que revocara su decisión. ¿Lo ha recibido?

MORELL *(con impaciencia contenida).* - Sí, sí, lo he recibido.

LEXY. - Tenía la respuesta pagada.

MORELL. -Sí, lo sé. Lo contesté. No puedo ir.

CÁNDIDA. - Pero, ¿por qué, James?

MORELL *(casi ferozmente).* - Porque no se me da la gana. Esta gente olvida que soy un hombre; piensan que soy una máquina de hablar, que puede ser puesta en funcionamiento cuando les plazca, todas las noches de mi vida. ¿Acaso no puedo disponer de una noche para pasarla en casa, con mi esposa y mis amigos?

Todos se muestran sorprendidos por este estallido, excepto Eugene. La expresión de éste permanece inmutable.

CÁNDIDA. - Oh, James, no te molestes por lo que te dije antes en ese sentido. Y si no vas, mañana tendrás un ataque de conciencia.

LEXY *(intimidado pero urgente).* - Es claro, ya sé que le hacen exigencias injustas. Pero han estado telegrafiando a todas partes para conseguir otro disertante y no pueden encontrar a nadie más que al Presidente de la Liga Agnóstica.

MORELL *(rápidamente).* - Bueno, un hombre excelente. ¿Qué mejor?

LEXY. - Pero es que siempre insiste tan persistentemente en el divorcio del Socialismo y el Cristianismo. Deshará todo lo bueno que hemos hecho. Ya sé que usted sabe lo que hace, pero... *(Se encoge de hombros y se encamina hacia la chimenea, donde se detiene junto a Burgess.)*

CÁNDIDA *(aduladora).* - Oh, vé James... Iremos todos.

BURGESS *(gruñón).* - ¡Un momento, Candy! ¡Oye! Quedémonos aquí, junto al fuego, cómodos. El no tardará más de un par de horas.

CÁNDIDA. -Estarás igualmente cómodo en la conferencia. Nos sentaremos todos en el estrado y seremos gente importante.

Librodot

EUGENE *(aterrorizado).* - ¡Oh, por favor, no nos sentemos en el estrado! No, todos nos mirarán. Yo no podría soportarlo. Me sentaré en el fondo de la sala.

CÁNDIDA. -No tema. Estarán demasiado ocupados mirando a James como para tener tiempo de mirarlo a usted.

MORELL. - La enfermedad de Prossy, Cándida, ¿eh?

CÁNDIDA *(alegre).* - Sí, la enfermedad de Prossy.

BURGESS (intrigado). - ¿La enfermedad de Prossy? ¿De qué están hablando, James?

MORELL *(sin hacerle caso, se levanta, se dirige a la puerta y la abre, llamando con tono autoritario).* - ¡Miss Garnett!

PROSERPINE *(desde lejos).* - Sí, Mr. Morell. Ya voy. Todos esperan, excepto Burgess, quien se vuelve sigilosamente hacia Lexy.

BURGESS. -Oiga, Mr. Mill. ¿Cuál es la enfermedad de Prossy? ¿Qué tiene?

LEXY *(confidencialmente).* - Bien, no lo sé con exactitud. Pero esta mañana me habló en forma muy extraña. Me temo que a veces está un poco trastornada.

BURGESS *(anonadado).* - ¡Entonces debe ser contagioso! ¡Cuatro en la misma casa!

PROSERPINE *(apareciendo en la puerta).* - ¿Qué pasa, Mr. Morell?

MORELL. -Telegrafíe a la Corporación de San Mateo diciendo que me esperen.

PROSERPINE *(Sorprendida).*- ¿Acaso no lo esperaban?

MORELL *(terminante).* -Haga lo que le digo.

Proserpine, asustada, se sienta ante la máquina y obedece. Morell, ahora inexplicablemente decidido y enérgico, se dirige a Burgess. Cándida observa sus movimientos con asombro y recelo crecientes.

MORELL. - Burgess, usted no quiere venir.

BURGESS. - Oh, no lo digas de ese modo, James. Lo que pasa es que hoy no es domingo.

MORELL. - Lo siento. Me pareció que le agradaría ser presentado al presidente. Está en la Comisión de Trabajo del Consejo de Distrito y tiene alguna influencia en la cuestión de los contratos. *(Burgess se muestra inmediatamente interesado.)* ¿Vendrá?

BURGESS. -Ya lo creo que iré, James. ¡Siempre es un placer escucharte!

MORELL *(volviéndose hacia Prossy).* - La necesitaré para que tome algunas anotaciones de la conferencia, Miss Garnett, si no tiene ningún otro compromiso. *(Ella asiente, temerosa de hablar.)* Y usted vendrá, ¿no es cierto, Lexy?

LEXY. - Por supuesto.

CÁNDIDA. - Todos iremos, James.

MORELL. - No, tú no vienes. Y tampoco Eugene. Te quedarás aquí y le harás compañía... celebrarán tu regreso al hogar. *(Eugene se pone de pie, sin aliento.)*

CÁNDIDA. -Pero, James...

MORELL *(autoritario).* - Insisto. Tú no quieres venir y él tampoco. *(Cándida está a punto de protestar.)* ¡Oh, no se preocupen! Habrá bastante gente sin ustedes. Las sillas serán necesarias para los no conversos que todavía no me han escuchado.

CÁNDIDA *(preocupada).* - Eugene, ¿no le agradaría ir?

MORELL. -Me molestaría hablar delante de Eugene; es un crítico demasiado severo de mis sermones. Esta mañana me lo dijo. Bien, le demostraré cuánto miedo le tengo dejándolo aquí, bajo tu custodia, Cándida.

MARCHBANKS *(para sí, con vivos sentimientos).* Eso es valiente. Es magnífico.

CÁNDIDA *(con ansiedad recelosa*).-Pero... Pero... ¿Ocurre algo, James? *(Preocupada.)*

No entiendo...

MORELL *(tomándola tiernamente entre sus brazos y besándola en la frente).* -Me parecía que era yo el que no podía entender nada, querida.

FIN DEL ACTO II

ACTO III

Las diez de la noche pasadas. Las cortinas están corridas y las lámparas encendidas. La máquina de escribir está guardada en su caja, la mesa grande ha sido limpiada y ordenada. Todo indica que el día de trabajo ha terminado.
Cándida y Marchbanks se encuentran sentados junto al fuego. La lámpara para leer está sobre el manto de la chimenea, sobre Marchbanks, quien se halla sentado en la sillita, leyendo en voz alta. Junto a sí, en la alfombra, tiene un montoncito de manuscritos y un par de volúmenes de poesía. Cándida está en el sillón. Tiene en la mano el atizador de bronce. Recostada, contempla la punta del instrumento, que mantiene vertical en el aire. Ha extendido los pies hacia el fuego y sueña despierta, a muchos kilómetros de distancia de la escena que la rodea y completamente olvidada de Eugene.

MARCHBANKS *(interrumpiéndose en su recitado).* Todos los poetas del mundo han puesto ese pensamiento en un soneto. Se ven obligados a ello, no tienen otro remedio. *(La mira, esperando su asentimiento y la advierte absorta en la contemplación del atizador.)* ¿No me escuchaba? *(No recibe respuesta.)* ¡Mrs. Morell!

CÁNDIDA *(sobresaltada).* - ¿Eh?

MARCHBANKS. -¿No me escuchaba?

CÁNDIDA *(con culpable exceso de cortesía*). - Oh, sí. Es muy hermoso. Continúe, Eugene. Estoy ansiosa por saber que le ocurrirá al ángel.

MARCHBANKS *(dejando que el manuscrito se deslice de su mano al suelo).* Le ruego que me perdone por haberla aburrido.

CÁNDIDA. - Pero es que no me aburre, se lo aseguro.

Por favor, continúe. Sí, Eugene.

MARCHBANKS. - Hace un cuarto de hora termine el poema del ángel. Después le leí

muchas otras cosas.

CÁNDIDA *(con remordimiento).*-Lo siento, Eugene. Creo que el atizador me ha fascinado. *(Lo deja en el suelo.)*

MARCHBANKS. - A mí me ponía nervioso.

CÁNDIDA. -¿Por que no me lo dijo? Lo habría dejado en seguida.

MARCHBANKS. - Temía ponerla nerviosa a usted también. Me dio la impresión de que era un arma. Si yo fuera uno de esos héroes de la antigüedad habría puesto entre nosotros mi espada desnuda. Si entraba Morell pensaría que usted había tomado el atizador porque no había ninguna espada entre nosotros.

CÁNDIDA *(extrañada*). -¿Que? (Mirándolo con perplejidad.) No lo entiendo bien. Esos sonetos suyos me han embrollado. ¿Por que habría de haber una espada entre nosotros?

MARCHBANKS *(evasivo).* - Oh, no tiene importancia. *(Se inclina para recoger el manuscrito.)*

CÁNDIDA. - Deje eso ahí, Eugene. Hay límites para mi apetito de poesía, aunque se trate de su poesía. Ha estado leyéndomela durante dos horas, desde que James se fue. Y yo quiero conversar.

MARCHBANKS *(poniéndose de pie, asustado).* - No, no debo hablar. (Mirando en torno, desolado como de costumbre, y de pronto agrega.) Creo que saldré a dar una vuelta por el parque. *(Se dirige a la puerta.)*

CÁNDIDA. - No sea tonto, hace tiempo que está cerrado. Venga, siéntese en la alfombra, junto al fuego, y diga disparates coleo de costumbre. Quiero divertirme. ¿No lo hará?

MARCHBANKS *(entre aterrorizado y embelesado).* - Sí.

CÁNDIDA. - Venga, entonces. *(Corre un poco su sillón hacia atrás para dejarle lugar.)*

Él vacila. Luego, tímidamente, se tiende sobre la alfombra, cara arriba, y apoya la cabeza sobre las rodillas de Cándida, mirándola.

MARCHBANKS. - ¡Oh, me he sentido desdichado toda la tarde porque hacía lo correcto! Ahora hago algo que está mal y me siento dichoso ...

CÁNDIDA *(tiernamente divertida).* - Sí, estoy segura de que se siente un seductor maduro y despiadado. Está muy orgulloso de sí, ¿no es cierto?

MARCHBANKS *(levantando rápidamente la cabeza y volviéndose un poco para mirarla).* - Tenga cuidado. Soy mucho más viejo que usted; trate de darse cuenta de ello. *(Se arrodilla y pone los brazos sobre el regazo de ella, con las manos entrelazadas. Habla con impulso creciente a medida que su sangre comienza a bullir.)* ¿Puedo decirle algunas cosas pecaminosas?

CÁNDIDA *(sin el menor temor ni frialdad y con perfecto respeto por la pasión de él, pero con un toque de su sabio humorismo maternal).* -No. Pero puede decirme todo lo que sienta verdadera y sinceramente. Cualquier cosa, no importa cuál. No les temo, siempre que

sea su verdadero yo el que habla y no una mera actitud, una actitud galante, o una actitud picaresca o incluso una actitud poética. Su honor y su veracidad me responden de ello. Y ahora diga todo lo que quiera.

MARCHBANKS *(con la expresión ansiosa desvaneciéndose por completo de sus labios y de las aletas de su nariz a medida que su mirada se ilumina con patética espiritualidad).* - Oh, ahora no puedo decir nada. Todas las palabras que conozco pertenecen a una u otra actitud. Todas ... menos una.

CÁNDIDA. - ¿Cuál es esa palabra?

MARCHBANKS *(dulcemente, perdiéndose en la música del nombre).* - Cándida, Cándida, Cándida, Cándida, Cándida... Me veo obligado a decirlo ahora, ya que usted lo ha confiado a mi honor y mi veracidad. Jamás pienso o siento "Mrs. Morell". Siempre Cándida.

CÁNDIDA. - Naturalmente. ¿Y que tiene que decirle a Cándida?

MARCHBANKS. -Nada que no sea repetir su nombre mil veces. ¿No siente que cada vez que lo pronuncio es una oración que le dirijo?

CÁNDIDA. - ¿Se siente dichoso de poder orar?

MARCHBANKS. -Sí, muy dichoso.

CÁNDIDA. -Bueno, esa dicha es la respuesta a su oración. ¿Quiere algo más?

MARCHBANKS. -No, he llegado al Cielo, donde las necesidades son desconocidas.

Entra Morell. Se detiene en el umbral y abarca la escena con una sola mirada.

Cándida se endereza violentamente pero sin la menor turbación, riendo para sí. Eugene, derribado por el movimiento, se sienta en la alfombra y se abraza los tobillos. Tampoco él muestra embarazo alguno.

CÁNDIDA. - ¡Oh, james, cómo me sobresaltaste! Estaba tan distraída con Eugene que no oí el ruido de tu llave. ¿Cómo te fue en la reunión? ¿Hablaste bien?

MORELL. - Jamás hable mejor en mi vida.

CÁNDIDA. -¡Magnífico! ¿Y cuánto reunieron en la colecta?

MORELL. -Me olvide de averiguarlo.

CÁNDIDA *(a Eugene).* -Debe de haber hablado espléndidamente. De otro modo no se habría olvidado de preguntar. *(A Morell)* ¿Dónde están los demás?

MORELL. - Se fueron antes de que yo pudiese salir. Me pareció que jamás lograría

escaparme del público. Creo que están cenando en alguna parte.

CÁNDIDA *(con su voz práctica, doméstica).* - Ah, en ese caso María puede acostarse. Se lo diré. *(Se encamina a la cocina.)*

MORELL (mirando severamente a Marchbanks). - ¿Y bien?

MARCHBANKS *(acuclillándose grotescamente en la alfombra y con perfecta tranquilidad, casi traviesamente humorístico).* - ¿Y bien?

MORELL. - ¿Tiene algo que decirme?

MARCHBANKS. - Sólo que he estado haciendo el tonto aquí, en privado, mientras usted hacía el tonto en público.

MORELL. - Pero no del mismo modo, se me ocurre.

MARCHBANKS *(vehemente, poniéndose de pie).*-El mismo, el mismísimo modo. He estado jugando al Hombre Bueno. Tal como usted. Cuando usted inició esa actitud heroica de dejarme aquí con Cándida...

MORELL *(involuntariamente).* -Cándida!

MARCHBANKS. - Ah, sí. He llegado hasta ese punto. Pero no tema. El heroísmo es contagioso. Yo lo atrapé de usted. Juré no decir en su ausencia una sola palabra que no pudiera haber dicho hace un mes en su presencia.

MORELL. - ¿Y cumplió su juramento?

MARCHBANKS *(encaramándose repentinamente al respaldo del sillón).*-El mismo se cumplió, hasta hace unos diez minutos. Hasta ese momento le leía yo desesperadamente... poemas míos... poemas de cualquiera... para impedir una conversación. Me encontraba ante la puerta del Cielo y me negaba a entrar. ¡Oh, no se imagina cuán heroico es eso y cuán incómodo... ! Luego...

MORELL *(dominando serenamente su ansiedad).* - ¿Luego?

MARCHBANKS *(deslizándose prosaicamente y adoptando una actitud corriente en el sillón).* - Luego ella no pudo soportar que le siguiese leyendo.

MORELL. - ¿Y entonces, finalmente, usted llegó a las puertas del Cielo?

MARCHBANKS. - Sí.

MORELL. - ¿Y? *(Ferozmente.)* ¡Pero hable, hombre! ¿No tiene sentimientos?

MARCHBANKS *(suave y musicalmente).* -Entonces ella se convirtió en un ángel y había una espada llameante que hendía por doquier. Y yo no podía entrar. Porque vi que la puerta era realmente la puerta del Infierno.

MORELL *(triunfante).* - ¡Ella lo rechazó!

MARCHBANKS *(levantándose, salvajemente despectivo).* No, tonto. Si ella me hubiese rechazado, yo jamás me habría dado cuenta de que ya me encontraba en el Cielo. ¡Piense que eso nos habría salvado! ¡La virtuosa indignación! No tiene derecho a habitar el mismo mundo

que ella. *(Se dirige desdeñosamente al otro extremo del cuarto.)*

MORELL *(que lo ha contemplado tranquilamente, sin moverse).* -¿Y usted cree que se hace más digno de ello insultándome, Eugene?

MARCHBANKS. - Aquí termina la milésima prima lección. Morell, en rigor no tengo gran opinión de sus facultades de predicador. Creo que yo lo haría mejor. El hombre que quiero conocer es el hombre a quien Cándida desposó.

MORELL. -¿El hombre que... ? ¿Se refiere a mí?

MARCHBANKS. - No me refiero al Reverendo James Mavor Morell, moralista y charlatán. Hablo del verdadero hombre que el Reverendo James debe tener oculto en

algún lugar del interior de su saco negro, del hombre que Cándida amó. Es imposible hacer que una mujer como Cándida lo ame a uno con sólo abotonarse el cuello por detrás en lugar de abotonarlo por delante.

MORELL *(audaz y firmemente).* -Cuando Cándida me prometió casarse conmigo yo era el mismo moralista y charlatán que usted conoce ahora. Llevaba mi saco negro y me abotonaba el cuello por detrás en lugar de hacerlo por delante. ¿Cree que me habría amado más si me hubiese mostrado insincero en mi profesión?

MARCHBANKS *(en el sofá, tomado de los tobillos).* - Oh, ella le perdonó, tal como me perdona a mí el que sea un cobarde y un débil de carácter y lo que usted llama un cachorro llorón y todo lo demás. *(Soñador.)* Una mujer como ella tiene una intuición divina. Ama nuestra alma y no nuestras locuras, vanidades e ilusiones, no nuestros cuellos y nuestras chaquetas, ni ninguno de los trapos y harapos en que nos envolvemos. *(Piensa en eso durante un instante y luego se vuelve para interrogar a Morell)* Lo que quiero saber es cómo hizo usted para pasar más allá de la espada llameante que a mí me detuvo.

MORELL. - Quizá porque a mí no me interrumpieron al cabo de diez minutos.

MARCHBANKS *(anonadado).* - ¿Que?

MORELL. -El hombre puede trepar a las alturas más elevadas, pero no puede permanecer en ellas mucho tiempo.

MARCHBANKS *(poniéndose en pie de un salto).* -No es cierto. Allí se puede permanecer eternamente y sólo allí. Es en los demás momentos cuando no se puede encontrar descanso ni sentido de la silenciosa gloria de la vida. ¿Dónde quiere que pase mis momentos, si no en las alturas?

Librodot

MORELL. -En la cocina, mondando cebollas y llenando lámparas.

MARCHBANKS. - ¿O en el púlpito, lavando innobles almas de barro?

MORELL. -Sí, también eso. Fue allí donde yo conquiste mi momento dorado y el derecho, en ese momento, de pedirle a ella que me amara. Yo no acepte el momento en crédito ni lo utilice para robarle la felicidad a otro.

MARCHBANKS *(un tanto disgustado, vuelve rápidamente al hogar).* -No me cabe duda alguna de que habrá llevado a cabo la transacción con tanta honestidad como si comprara un trozo de queso. *(Se detiene ante la alfombra del hogar y agrega pensativamente, para sí, de espaldas a Morell:)* Yo sólo podía acercarme a ella como un mendigo.

MORELL *(mirándolo con los ojos agrandados).* - ¡Un mendigo muerto de frío que le pide su rebozo!

MARCHBANKS *(volviéndose, sorprendido).* -Gracias por retocar mi poesía. Sí, si le place: un mendigo muerto de frío que le pide el rebozo.

MORELL *(excitado).* -Y ella se lo negó. ¿Quiere que le diga por que? Puedo decírselo; lo se por ella misma. Fue porque...

MARCHBANKS. -No se negó.

MORELL. - ¿No?

MARCHBANKS. - Me ofreció todo lo que yo quisiera pedir: su rebozo, sus alas, la diadema de estrellas de su cabeza, los lirios de su mano, la luna creciente bajo sus pies...

MORELL *(aferrándole).* - Desembuche, hombre. Mi esposa es mi esposa, ya no quiero oír más ñoñerías poéticas. Se perfectamente que si yo hubiera perdido el amor de ella y usted lo hubiese ganado, ninguna ley la ataría a mí.

MARCHBANKS *(sin temor ni resistencia).* -Tómeme del cuello de la camisa, Morell.

Ella me lo arreglará después, como lo hizo esta mañana. *(Con sereno éxtasis.)* Sentiré el roce de sus manos.

MORELL. -¡Demonio! ¿No sabe cuán peligroso es decírmelo? *(Con repentina recelo.)* ¿O es que ha sucedido algo que le da valor?

MARCHBANKS. - Ahora no temo. Usted me desagradaba antes y por eso huía. Pero hoy me di cuenta -cuando ella lo torturó- que usted la ama. Y desde entonces he sido amigo suyo. Y puede estrangularme si le place.

MORELL *(soltándolo).* - Eugene, si eso no es una mentira implacable, si le queda aún una chispa de sentimientos humanos, ¿quiere decirme que ocurrió durante mi ausencia?

MARCHBANKS. - ¿Qué ocurrió? Pues, la espada llameante... *(Morell patea, impaciente.)* ...Bueno, en prosa sencilla, la amé tan exquisitamente que no quise otra cosa que la felicidad de estar enamorado de ese modo. Y usted llegó antes de que tuviese tiempo de descender de las más altas cumbres.

MORELL *(sufriendo intensamente).* -De modo que la cuestión está todavía indecisa. Todavía el tormento de la duda.

MARCHBANKS. - ¡Tormento! Soy el más dichoso de los mortales. Ahora no deseo otra cosa que la felicidad de ella. *(Con apasionado sentimiento.)* ¡Oh, Morell, renunciemos ambos a ella! ¿Por qué debe verse ella obligada a escoger entre una pequeña y miserable enfermedad nerviosa como yo y un sacerdote testarudo como usted? Hagamos un peregrinaje, usted hacia el oriente, yo hacia el occidente, en busca de un hombre que sea digno de su amor, algún bello arcángel de alas purpúreas...

MORELL. - ¡Cuánta estupidez junta! Si ella está lo suficientemente loca como para abandonarme por usted, ¿quién la protegerá? ¿Quién la ayudará? ¿Quién trabajará para

ella? ¿Quién será el padre de sus hijos? *(Se sienta, aturdido, en el sofá, con los codos en las rodillas y la cabeza apoyada sobre los puños.)*

MARCHBANKS *(chasqueando ruidosamente los dedos).* -Ella no hace esas preguntas tontas. Es ella quien necesita alguien a quien proteger y ayudar, para quien trabajar, alguien que le dé hijos para proteger, ayudar y por quienes trabajar. Algún hombre maduro que haya vuelto a ser un chiquillo. ¡Ah, idiota, idiota, idiota por partida triple! Yo soy el hombre, Morell, yo soy el hombre. *(Baila excitadamente, gritando:)* ¡Usted no sabe

qué clase de mujer es ella. Hágala venir, Morell. Hágala venir y déjela que escoja entre... *(La puerta se abre y entra Cándida. Eugene se interrumpe, como petrificado.)*

CÁNDIDA *(asombrada, en el umbral).* - ¿Qué está haciendo, Eugene?

MARCHBANKS *(excéntrico).* - James y yo tenemos un torneo de predicación y él está llevando la peor parte.

Cándida mira rápidamente a Morell. Viendo que está angustiado corre hacia él, profundamente atribulada.

CÁNDIDA.-Ha estado molestándole. No lo soportaré, Eugene, ¿me oye? *(Pone la mano sobre el hombro de Morell y, en su ira, olvida su prudencia de esposa.)* No dejaré que irriten a mi chico. Yo lo protegeré.

MORELL *(irguiéndose orgullosamente).* - ¡Proteger!

CÁNDIDA *(sin hacerle caso, a Eugene).* - ¿Qué le ha estado diciendo?

MARCHBANKS *(aterrado).* -Nada. Yo...

CÁNDIDA. - ¡Eugene! ¿Nada?

MARCHBANKS *(lastimero).* -Quiero decir... yo... lo siento mucho. No volveré a

hacerlo. De veras que no. Lo dejaré en paz.

MORELL *(indignado, con un movimiento agresivo hacia Eugene).* - ¿Que usted me dejará en paz? Pedazo de...

CÁNDIDA *(deteniéndolo).* - ¡Shhh! No, déjame hablar con él, James.

MARCHBANKS. - Oh, no está enojada conmigo, ¿no es cierto?

CÁNDIDA *(severamente).* - Sí, lo estoy y mucho. Tengo grandes deseos de ponerle de patitas en la calle.

MORELL *(desconcertado por el vigor de Cándida y nada complacido por la situación en que lo pone el ser salvado por ella de los ataques de otro hombre).* - Calma, Cándida, calma. Yo sé cuidarme.

CÁNDIDA (acariciándolo). - Sí, querido, ya lo creo. Pero no hay necesidad de que te molesten y te hieran.

MARCHBANKS *(casi con lágrimas, dirigiéndose hacia la puerta).* -Me iré.

CÁNDIDA. - Oh, no necesita irse. No puedo echarle a esta hora de la noche. *(Con vehemencia.)* ¡Vergüenza debería darle! ¡Vergüenza!

MARCHBANKS *(desesperado).* -Pero, ¿qué he hecho?

CÁNDIDA. -Yo sé qué hizo; lo sé tan bien como si hubiese estado presente. ¡Es indigno! Es como un niño, no puede contener la lengua.

MARCHBANKS. - Preferiría morir diez veces a proporcionarle un momento de sufrimiento.

CÁNDIDA *(con infinito desprecio hacia su puerilidad).* -¡De mucho me serviría su muerte!

MORELL. - Cándida, querida, este altercado es poco decoroso. Se trata de una cuestión

entre hombres y yo soy la persona adecuada para arreglarlo.

CÁNDIDA. - ¡Dos hombres! ¿A él lo llamas hombre? *(A Eugene.)* ¡Chiquillo malvado!

MARCHBANKS *(extrayendo del regaño un caprichoso valor lleno de afecto).* - Si me reprende como a un niño debo darle una excusa aniñada. El empezó. Y él es más grande que yo.

CÁNDIDA *(pierde algo de confianza al sentir atacada su preocupación por la dignidad de Morell).* - Eso no puede ser cierto. *(A Morell.)* Tú no comenzaste, ¿no es cierto, James?

MORELL *(desdeñoso).* -No.

MARCHBANKS *(indignado).*-¡Oh!

MORELL *(a Eugene).* - Usted empezó; esta mañana.

(Cándida, relacionando instantáneamente esta afirmación con su misteriosa alusión de la tarde a algo que Eugene le dijera por la mañana, lo mira con rápida suspicacia. Morell continúa hablando, con el énfasis de la superioridad ofendida.) Pero su otro argumento es correcto. Por cierto que yo soy el más grande de los dos y, así lo espero, el más fuerte, Cándida. De modo que será mejor que dejes el caso en mis manos.

CÁNDIDA *(apaciguándolo nuevamente).* - Sí, querido. Pero... *(Preocupada.)* No entiendo lo de esta mañana.

MORELL (*con suave reproche).* -No es necesario que entiendas, querida.

CÁNDIDA. - Pero, James, yo... *(Suena el timbre de la calle.)* ¡Ah, qué molestia! Aquí vienen los demás. *(Sale para abrir la puerta.)*

MARCHBANKS *(corriendo hacia Morell).* - Oh, Morell, ¿no es espantoso? Está enojada con nosotros; me odia. ¿Qué haré?

MORELL *(con extraña desesperación, paseándose por el centro de la habitación).* - Eugene, la cabeza me da vueltas. Pronto romperé a reír.

MARCHBANKS *(siguiéndolo con ansiedad).* - No, no. Cándida creerá que yo lo he vuelto histérico. No se ría.

Se oyen voces y carcajadas ruidosas que se aproximan. Lexy Mill, con los ojos brillantes y con aspecto que denota inusitado alborozo, entra con Burgess, quien se muestra untuoso y complacido consigo mismo, pero perfectamente sereno. Miss Garnett, vistiendo su sombrero y chaqueta más elegantes, los sigue. Pero, aunque su mirada está más encendida que antes, se nota claramente que es presa de recelos. Se ubica de espaldas a la mesa de la máquina de escribir, apoyándose en ella con una mano en tanto que se pese le otra por le frente, como si estuviese un tanto cansada y con vértigos. Marchbanks vuelve a su timidez de siempre y se desliza e un rincón, cerca de le ventana, donde están los libros de Morell.

LEXY *(alborozado).* - Morell, permítame que lo felicite. *(Tomándole de le mano.)* ¡Que noble, espléndida, inspirada disertación! Se ha superado usted.

BURGESS. - Así es, James. Me quede despierto hasta la última palabra. ¿No es cierto, Miss Garnett?

PROSERPINE *(preocupada).* - Oh, yo no lo miraba a usted. Trataba de tomar notas. *(Extrae su libreta de anotaciones, contemple su taquigrafía y casi siente deseosde llorar.)*

MORELL. -¿Hable demasiado rápido, Pross?

PROSERPINE. -Demasiado. Usted sabe perfectamente que no puedo hacer más de noventa palabras por minuto. *(Descarga sus sentimientos arrojando airadamente le libreta junto e le máquina de escribir, dejándole preparada para le mañana siguiente.)*

Librodot

MORELL *(apaciguador).* - Oh, bueno, bueno, no importa, no importa, no importa. ¿Han cenado?

LEXY. - Mr. Burgess ha tenido la bondad de ofrecernos una cena realmente magnífica en el Belgrave.

BURGESS *(con efusiva magnanimidad).* -No tiene

importancia, Mr. Mill. *(Modesto.)* Me alegro de que hayan aceptado mi convite.

PROSERPINE. - Bebimos champaña. Yo nunca lo había probado. Siento vértigos.

MORELL *(sorprendido).* - ¿Una cena con champaña? Hermoso. ¿Fue mi elocuencia la que provocó esa extravagancia?

LEXY *(retórico).* - Su elocuencia y la bondad de Mr. Burgess. *(Con un nuevo estallido de júbilo.)* ¡Y que sujeto más encantador es el presidente, Morell! Vino a cenar con nosotros.

MORELL *(significativo, mirando e Burgess).* - ¡Ah, el presidente! Ahora lo entiendo.

Burgess cubre con une tosecita despreciativa le vive satisfacción que siente ente su astucia diplomática. Lexy se cruza de brazos y se recueste contra el sofá, en gallarda actitud, después de haber perdido casi el equilibrio. Entra Cándida con vasos, limones y une jarra de agua caliente en une bandeja.

CÁNDIDA. - ¿Quien quiere un poco de limonada? Ya conocen nuestros reglamentos: abstinencia total. *(Deposita le bandeja sobre le mese y tome el exprimidor de limón, mirando interrogativamente a los presentes.)*

MORELL. -Es inútil, querida. Todos han bebido champaña. Pross ha violado su promesa.

CÁNDIDA *(a Proserpine).* - ¿Es verdad que ha bebido champaña?

PROSERPINE (con empecinamiento). - Sí. Soy una abstemia de cerveza, no de

champaña. La cerveza no me agrada. ¿Hay alguna carta que contestar, Mr. Morell?

MORELL. -Por esta noche no.

PROSERPINE. - Muy bien. Buenas noches a todos.

LEXY *(cortésmente).* - ¿No sería mejor que la acom

pañara hasta su casa, Miss Garnett?

PROSERPINE. -No, gracias. Esta noche no me tengo confianza con nadie. Ojalá no hubiera bebido esa pócima. *(Mira con incertidumbre le puerta, se abalanza hacia ella y sale milagrosamente sin inconvenientes.)*

BURGESS *(indignado).* - ¡Pócima! ¡Esa muchacha no sabe lo que es el champaña! Pommery y Greeno a doce chelines y seis peniques la botella. Se tomó dos copas casi de un sorbo.

MORELL *(ansioso).* -Vaya y acompáñela, Lexy.

LEXY *(alarmado).* -Pero si ella está realmente... Supóngase que se pone a cantar en la calle o algo por el estilo.

MORELL. - Precisamente. Es posible que haga eso. Y por lo mismo le pido que la acompañe a su casa.

CÁNDIDA. - Sí, Lexy, sea bueno. *(Le da la mano y lo empuja suavemente hacia la puerta.)*

LEXY. - Evidentemente es mi deber. Espero que no sea necesario. Buenas noches, Mrs. Morell. *(A los demás.)* Buenas noches. *(Sale. Cándida cierra la puerta.)*

BURGESS. - También él desbordaba de devoción después de beber dos sorbos. La gente no sabe beber como antes. *(Cruza presurosamente hacia la chimenea.)* Bueno, James, es hora de cerrar. Mr. Marchbanks, ¿tendré el placer de su compañía durante un trecho del

camino a casa?

MARCHBANKS *(aterrorizado).* -Sí, será mejor que me vaya. *(Se encamina vivamente hacia la puerta, pero Cándida se coloca ante ella, bloqueándole el camino.)*

CÁNDIDA *(con tranquila autoridad).* - Siéntese. No se irá todavía.

MARCHBANKS *(cediendo).* -No. Yo ... yo no tenía intenciones de... *(Se sienta, humillado, en el sofá.)*

CÁNDIDA. - Mr. Marchbanks pasará la noche con nosotros, papá.

BURGESS. - Oh, bueno, entonces les desearé buenas noches. Hasta pronto, James. *(Cambia un apretón de manos con Morell y se acerca a Eugene.)* Haga que le pongan una lámpara junto a su cama, Mr. Marchbanks. Le será útil si despierta por la noche con un ataque de esa enfermedad suya. Buenas noches.

MARCHBANKS. - Así lo haré. Buenas noches, Mr. Burgess. *(Se dan la mano. Burgess va hacia la puerta.)*

CÁNDIDA *(interceptando a Morell, quien sigue a Burgess).* -Quédate aquí, querido. Yo le pondré el abrigo a papá. *(Sale con Burgess.)*

MARCHBANKS *(poniéndose de pie y acercándose sigilosamente a Morell).* - Morell, habrá una terrible escena. ¿No tiene miedo?

MORELL. - En absoluto.

MARCHBANKS. -jamás le envidié antes su valentía. *(Posa suplicantemente su mano sobre el brazo de Morell.)* Defiéndame, ¿quiere?

MORELL *(rechazándolo resueltamente).* - Cada uno para sí, Eugene. Ahora ella deberá escoger entre ambos.

Cándida regresa. Eugene vuelve a acurrucarse en el sofá como un escolar cogido en

falta.

CÁNDIDA *(entre ambos, dirigiéndose a Eugene).* - ¿Está usted apenado?

MARCHBANKS *(sincero).* - Sí. Desolado.

CÁNDIDA. - Muy bien. Entonces lo perdono. Y ahora vaya a acostarse, como un buen chico. Quiero hablar con James acerca de usted.

MARCHBANKS *(poniéndose de pie, profundamente consternado*). - Oh, no puedo hacer eso, Morell. Debo estar aquí. No me iré. Dígaselo.

CÁNDIDA *(confirmadas sus sospechas).* - ¿Que me diga qué? *(Eugene evita furtivamente cruzar su mirada con la de ella. Cándida se vuelve y transfiere silenciosamente la pregunta a Morell.)*

MORELL *(preparándose para la catástrofe).* -No tengo nada que decirle. *(Aquí su voz se hace más profunda, hasta alcanzar un tono de ternura medida y melancólica.)* Aparte de que es el más grande tesoro que tengo en la tierra... si realmente es mía.

CÁNDIDA *(fríamente, ofendida porque él ha cedido a sus instintos de orador y la ha tratado como si fuese una parte del público de la Corporación de San Mateo).* - Estoy segura de que Eugene puede decir otro tanto, si eso es todo.

MARCHBANKS *(desalentado).* -Morell, se está riendo de nosotros.

MORELL *(con un rápido arranque de ira).* - No hay nada de que reírse. ¿Te estás burlando de nosotros, Cándida?

CÁNDIDA *(con tranquila cólera).* - Eugene es sumamente despierto, James. Supongo que estoy por reírme. Pero no estoy muy segura de no enojarme. *(Se acerca al hogar y se apoya en él, con un brazo sobre la repisa y un pie sobre el guarda fuegos, en tanto que Eugene se aproxima a hurtadillas a Morell y le tironea de la manga.)*

MARCHBANKS *(susurrando).* - Basta, Morell. No digamos nada.

MORELL *(apartando a Eugene sin dignarse mirarlo).* -Espero que eso no signifique una amenaza, Cándida.

CÁNDIDA *(con enfática advertencia).* -Ten cuidado, James. Eugene, le pedí que se fuera. ¿Se irá?

MORELL (*decidido).* -No se irá. Quiero que se quede.

MARCHBANKS. - Me marchare. Haré todo lo que usted quiera. *(Se vuelve hacia la puerta.)*

CÁNDIDA. - ¡Deténgase! *(El obedece.)* ¿No oyó que James quería que se quedase? James es el amo de esta casa. ¿No lo sabía?

MARCHBANKS *(ruborizándose con el odio de un joven poeta contra la tiranía).* - ¿Con que derecho es el amo?

CÁNDIDA *(serena).* - Díselo, James.

MORELL *(anonadado).* - Mi querida, no se de nada que me de el derecho de ser el amo. Y no pretendo tal derecho.

CÁNDIDA *(con infinito reproche).* - ¡No lo sabes! ¡Ay, James, James! *(A Eugene, pensativa.)* ¡Me pregunto si usted me entiende, Eugene! *(El menea la cabeza, des-consolado, sin atreverse a mirarla.) No, es demasiado joven. Bueno, le doy permiso para quedarse; para quedarse y aprender. (Se aparta de la chimenea y se coloca entre ambos.)* ¡Y bien, James! ¿Que ocurre? Vaya, dímelo.

MARCHBANKS *(susurrando, trémulo, a Morell).* - No lo haga.

CÁNDIDA. -Vamos. ¡Habla!

MORELL *(lentamente).* -Quería prepararte cuidadosamente el espíritu, Cándida, para

evitar malos entendidos.

CÁNDIDA. -Sí, querido, estoy segura de ello. Pero no importa. No te entenderé mal.

MORELL. - Bien... estee... *(Vacila, incapaz de hacer la larga explicación que creía tener a su disposición.)*

CÁNDIDA. - ¿Y?

MORELL *(bruscamente, sin tapujos).* - Eugene afirma que tú estás enamorada de el.

MARCHBANKS *(frenético).* -No, no, no, no, nunca. No lo dije, Mrs. Morell, no es cierto. Dije que yo la amaba. Dije que yo la entendía y que el no. Y no hable esta noche, después de lo que sucedió junto al fuego, se lo juro. Se lo dije esta mañana.

CÁNDIDA *(comprendiendo).* - ¡Esta mañana!

MARCHBANKS. - Sí. *(La mira, como rogándole que le crea, y luego agrega con sencillez:)* Eso fue lo que le sucedió a mi cuello.

CÁNDIDA. - ¿Su cuello? *(Entendiendo, se vuelve repentinamente a Morell, escandalizada.)* Oh, James... ¿Es que tú has...? *(Se interrumpe.)*

MORELL *(avergonzado).* -Tú sabes, Cándida, que a veces me es imposible contener el genio. *(Estremeciéndose.)* Y el me dijo que tú, en tu fuero interno, me despreciabas.

CÁNDIDA *(volviéndose rápidamente hacia Eugene).* -¿Dijo usted eso?

MARCHBANKS *(aterrorizado).* -No.

CÁNDIDA *(ferozmente).* -Entonces James acaba de decirme un embuste. ¿Es eso lo que quiere decir?

MARCHBANKS.-No, no... Yo... yo ... *(Desesperado.)* Me refería a la esposa de David. Y no fue en el hogar sino cuando ella le vio bailando delante de todo el pueblo.

MORELL *(aprovechando la frase con la habilidad de un polemista).* -Bailando delante

de todo el pueblo, Cándida, y pensando que conmovía los corazones con su misión, cuando en realidad todos sufrían de... la enfermedad de Prossy. *(Ella está a punto de protestar. l levanta la mano para impedírselo.)* No trates de mostrarte indignada, Cándida.

CÁNDIDA. - ¿Que no trate?

MORELL *(continuando).* - Eugene tenía razón. Como me lo dijiste unas horas después, Eugene tiene siempre razón. No dijo nada que tú misma no dijeras mucho mejor. E1 es el poeta que lo entiende todo. Yo soy el pobre sacerdote que no entiende nada.

CÁNDIDA *(con remordimiento).* - ¿Acaso te molesta lo que dice un chiquillo tonto, solo porque yo dije algo parecido, en broma?

MORELL. -Ese chiquillo tonto sabe hablar con la inspiración de un niño y la astucia de una serpiente.

Pretende que le perteneces a el y no a mí. Y, equivocado o en lo cierto, he llegado a temer que tenga razón. No quiero continuar torturado por las dudas y las sospechas. No quiero sufrir la intolerable degradación de los celos. Hemos convenido -el y yo- en que escogerás entre nosotros. Espero tu decisión.

CÁNDIDA *(retrocediendo lentamente un paso, con el corazón endurecido por la retórica de su esposo, a pesar de los sinceros sentimientos que hay detrás de las palabras).* - ¡Oh! De modo que tengo que elegir, ¿eh? Supongo que ya estará completamente decidido que tengo que pertenecer a uno o a otro.

MORELL *(firmemente).* -En efecto. Debes escoger de una vez por todas.

MARCHBANKS *(ansioso).* -Morell, usted no entiende. Ella quiere decir que se pertenece a sí misma.

CÁNDIDA *(volviéndose a él).* - Quiero decir eso y mucho más, joven Eugene, como pronto descubrirán ambos. Y por favor, mis amos y señores, ¿que tienen que ofrecerme a cambio de mi elección? Porque parece que seré subastada. ¿Que ofreces tú, james?

MORELL *(con tono de reproche).* - Cán... *(Se interrumpe. La garganta y los ojos se le anegan en lágrimas. El orador se convierte en un animal herido.)* No puedo hablar...

CÁNDIDA *(acercándose impulsivamente a él).* - ¡Ah, mi queridísimo... !

MARCHBANKS *(locamente alarmado).* - Espere, no es justo. No debe demostrarle que sufre, Morell. Yo también estoy en el potro del tormento, pero no lloro.

MORELL *(reuniendo todas sus fuerzas).* - Sí, tiene razón. No pido piedad. *(Se aparta de Cándida.)*

CÁNDIDA *(retrocediendo, helada).* - Te ruego que me perdones, James. No tenía la intención de tocarte. Estoy esperando que digas cuál es tu puja.

MORELL *(con orgullosa humildad).* -No tengo otra cosa que ofrecerte aparte de mi fuerza para tu defensa, mi honestidad para tu seguridad, mi habilidad y mi laboriosidad para tu sostén y mi autoridad y posición para tu dignidad. Eso es todo lo que un hombre puede ofrecer decentemente a una mujer.

CÁNDIDA *(con gran calma).* - ¿Y usted, Eugene?

¿Qué ofrece usted?

MARCHBANKS. -Mi debilidad. Mi desolación. Las ansias de mi corazón.

CÁNDIDA *(impresionada).* -Una buena puja, Eugene. Y ahora sé cuál debe ser mi elección.

Se interrumpe y mira con curiosidad a uno y a otro, como si los sopesara. Morell, cuya altanera confianza se ha convertido en angustiado temor ante la oferta de Eugene, pierde

toda capacidad de ocultar su ansiedad. Eugene, tenso, no mueve un músculo.

MORELL *(con voz ahogada; el ruego surge de las profundidades de su angustia).* - ¡Cándida!

MARCHBANKS *(aparte, en un arranque de desprecio).*- ¡Cobarde!

CÁNDIDA (significativamente). - Me entrego al más débil de los dos.

Eugene adivina inmediatamente lo que ha querido decir. Su rostro se torna blanco como el acero en el crisol.

MORELL *(humillando la cabeza con la tranquilidad del desastre).* - Acepto tu sentencia, Cándida.

CÁNDIDA. - ¿Ha entendido, Eugene?

MARCHBANKS. - Siento que estoy perdido. El no puede soportar la carga.

MORELL *(incrédulo, levantando la cabeza y la voz con cómica brusquedad).* -Te refieres a mí, Cándida?

CÁNDIDA *(sonriendo levemente).* -Sentémonos y hablemos de ello como tres amigos. *(A Morell.)* Siéntate, querido. *(Morell, desolado, toma la silla de junto al fuego, la silla de los niños.)* Tráigame esa silla, Eugene. *(Indica la butaca. Eugene la toma silenciosamente, casi con algo de fuerza fría, y la coloca junto a Morell, un poco detrás de él. Ella se sienta. El joven se acomoda, inescrutable, en la silla de los visitantes. Cuando todos están sentados, Cándida comienza a hablar, lanzando sobre los hombres un hechizo de serenidad con su voz tranquila, sensata, tierna.)* Recordará lo que me dijo de usted, Eugene. Que nadie le había querido desde que murió su nodriza. Que sus inteligentes y elegantes hermanas y sus afortunados hermanos eran los preferidos de sus padres. Que se sintió terriblemente desdichado en Eton. Que su padre está tratando de

obligarlo a que vuelva a Oxford, habiéndole interrumpido la pensión para ello. ¡Que usted ha tenido que vivir sin comodidades, sin cariño, sin refugio, siempre solo y casi siempre odiado e incomprendido, pobrecito!

MARCHBANKS *(leal a la nobleza de su sino).* - Tenía mis libros. Tenía la naturaleza. Y finalmente la conocí a usted.

CÁNDIDA. - No hablemos de eso por el momento. Y ahora quiero que mire a este otro niño, ¡mi niño!, mimado desde la cuna. Dos veces por mes vamos a visitar a los padres de él. Usted tendría que venir con nosotros, Eugene, para ver las fotografías del héroe de la casa. ¡James cuando niño de pecho, el más hermoso de todos! ¡James con su primer premio escolar en la

mano, conquistado a la madura edad de ocho años! ¡James en su papel de capitán de su equipo de fútbol! ¡James con su primera levita! ¡James en toda clase de gloriosas circunstancias! Usted ya sabe cuán fuerte es -espero que no lo haya lastimado-, cuán inteligente, cuán dichoso. *(Con gravedad cada vez más profunda.)* Pregúnteles a la madre de James y a las tres hermanas cuánto les costó evitarle la preocupación de ser otra cosa que fuerte, inteligente y feliz. Pregúnteme a mí cuánto me cuesta ser la madre y las tres hermanas de James y su esposa y la madre de sus hijos, todo al mismo tiempo. Pregúnteles a Prossy y a María cuánto trabajo da la casa, incluso cuando no tenemos visitantes que nos ayuden a mondar las cebollas. Pregúnteles a los proveedores que quieren molestar a James y arruinarles los bonitos sermones quién es la que los atiende. Cuando hay dinero para pagarles, lo paga él. Cuando no lo hay y es preciso negarlo, lo niego yo. Yo he construido un castillo de comodidades, de indulgencia y de amor para él, y hago siempre la centinela para impedir que penetren los minúsculos cuidados vulgares.

Librodot

Yo le he hecho el amo de esta casa, aunque él lo ignora y no pudo decirle, hace un momento, cómo había sucedido eso. *(Con dulce ironía.)* Y cuando creyó que podría irme con usted, su única ansiedad fue... ¡que sería de mí! *(Inclinándose hacia adelante para acariciar el cabello de Morell con cada frase.)* Y para tentarme a permanecer con él me ofreció: ¡su fuerza para mi defensa! ¡Su laboriosidad para mi sostén! ¡Su dignidad para mi posición! ¡Su... ! *(Enterneciéndose.)* Ah, estoy mezclando tus hermosas cadencias y estropeándolas, ¿no es verdad, querido? *(Apoya cariñosamente su mejilla contra la de él.)*

MORELL *(completamente vencido, arrodillándose junto a la silla de ella y abrazándola con ingenuidad juvenil).* -Es todo cierto, cada una de las palabras que has dicho. Tú me has hecho lo que soy, tú, con el trabajo de tus manos y el amor de tu corazón. Tú eres mi esposa, mi madre, mis hermanas. Tú eres la suma de todos los cariños.

CÁNDIDA *(en sus brazos, sonriendo, a Eugene).* - ¿Acaso soy también su madre y sus hermanas para usted, Eugene?

MARCHBANKS *(levantándose, con feroz gesto de disgusto).* - Ah, nunca. ¡Afuera, entonces, a hundirme en la noche!

CÁNDIDA *(poniéndose rápidamente de pie).* -No pensará irse así, Eugene.

MARCHBANKS *(con un tono viril -no ya infantil- en las palabras).* - Sé reconocer la hora cuando la hora suena. Tengo impaciencia por hacer lo que es preciso.

MORELL *(que también se ha puesto de pie).* - Cándida, no permitas que haga nada precipitado.

CÁNDIDA *(confiada, sonriendo a Eugene).* - Oh, no temas. El ha aprendido a vivir sin felicidad.

MARCHBANKS. - Ya no deseo la felicidad. La vida es más noble que eso. Sacerdote

James, le entrego mi dicha con ambas manos. Le amo porque usted ha llenado el corazón de la mujer que amé. Adiós. *(Se encamina hacia la puerta.)*

CÁNDIDA. - Una última palabra. *(El se detiene, pero sin volverse. Cándida se le acerca.)* ¿Que edad tiene, Eugene?

MARCHBANKS. - Ahora tanta como el mundo. Esta mañana tenía dieciocho años.

CÁNDIDA. - ¡Dieciocho! ¿Quiere usted, por mí, hacer

un pequeño poema con las dos frases que le diré? ¿Y quiere prometerme que se lo repetirá cada vez que piense en mí?

MARCHBANKS *(sin moverse).* -Dígame las frases.

CÁNDIDA. - Cuando yo tenga treinta años ella tendrá cuarenta y cinco. Cuando yo tenga sesenta ella tendrá setenta y cinco.

MARCHBANKS *(volviéndose).* -Dentro de cien años tendremos la misma edad. Pero ahora guardo en mi corazón un secreto mejor que ése. Y ahora permítame irme. Afuera la noche se impacienta.

CÁNDIDA. - Adiós. *(Le toma el rostro entre las manos. Él adivina su intención y cae de rodillas. Ella le besa la frente. Eugene huye hacia la noche. Cándida se vuelve a Morell y le tiende los brazos.)* ¡Ah, James!

Se abrazan. Pero no saben cuál es el secreto que alberga el corazón del poeta.

TELÓN

Librodot